

~~Foer 367-3~~
EL

ÚLTIMO ESTUDIANTE

NOVELA

POR

EL MARQUÉS DE FIGUEROA



MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1883

10. 14157

R. 11. 230

П. 302252

78

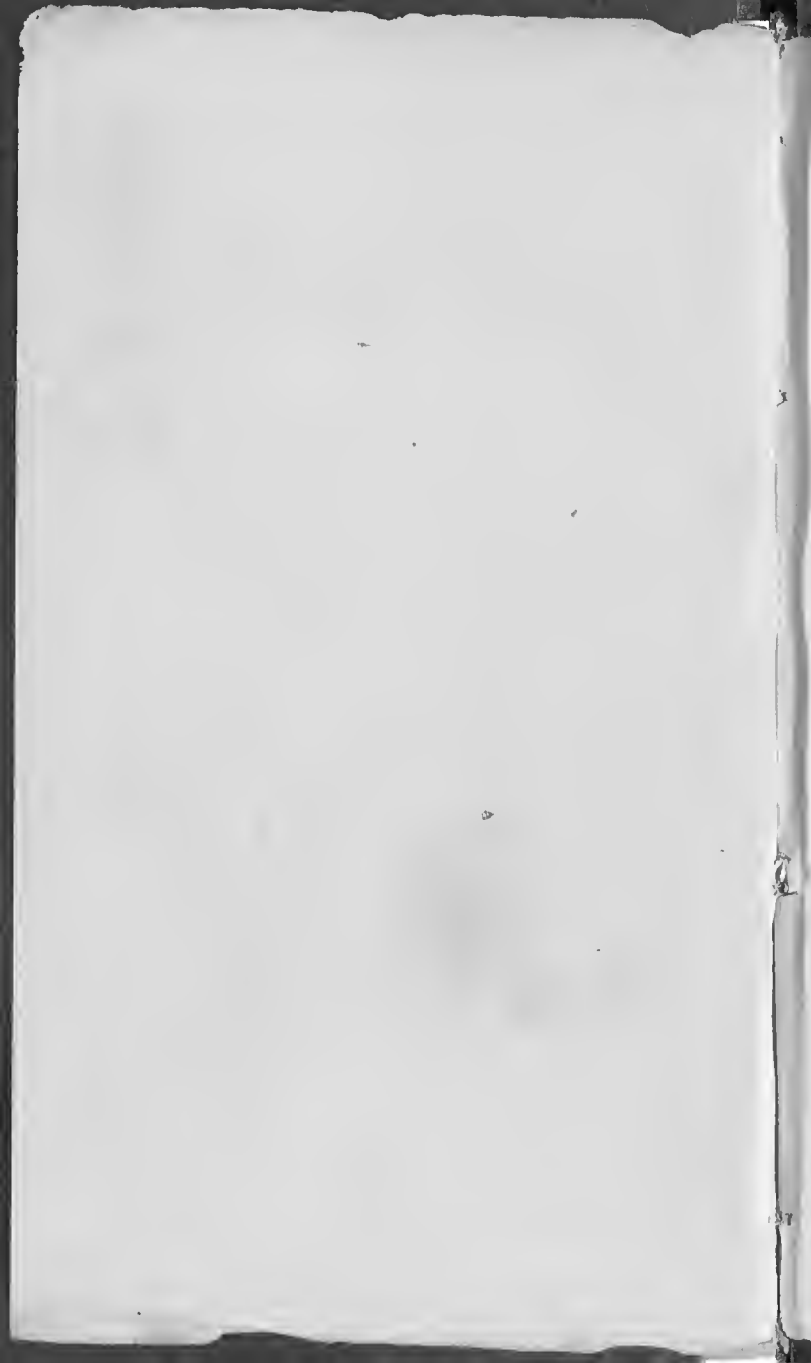
137

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00237396

EL ÚLTIMO ESTUDIANTE



542
EL

ÚLTIMO ESTUDIANTE

NOVELA

POR

EL MARQUÉS DE FIGUEROA



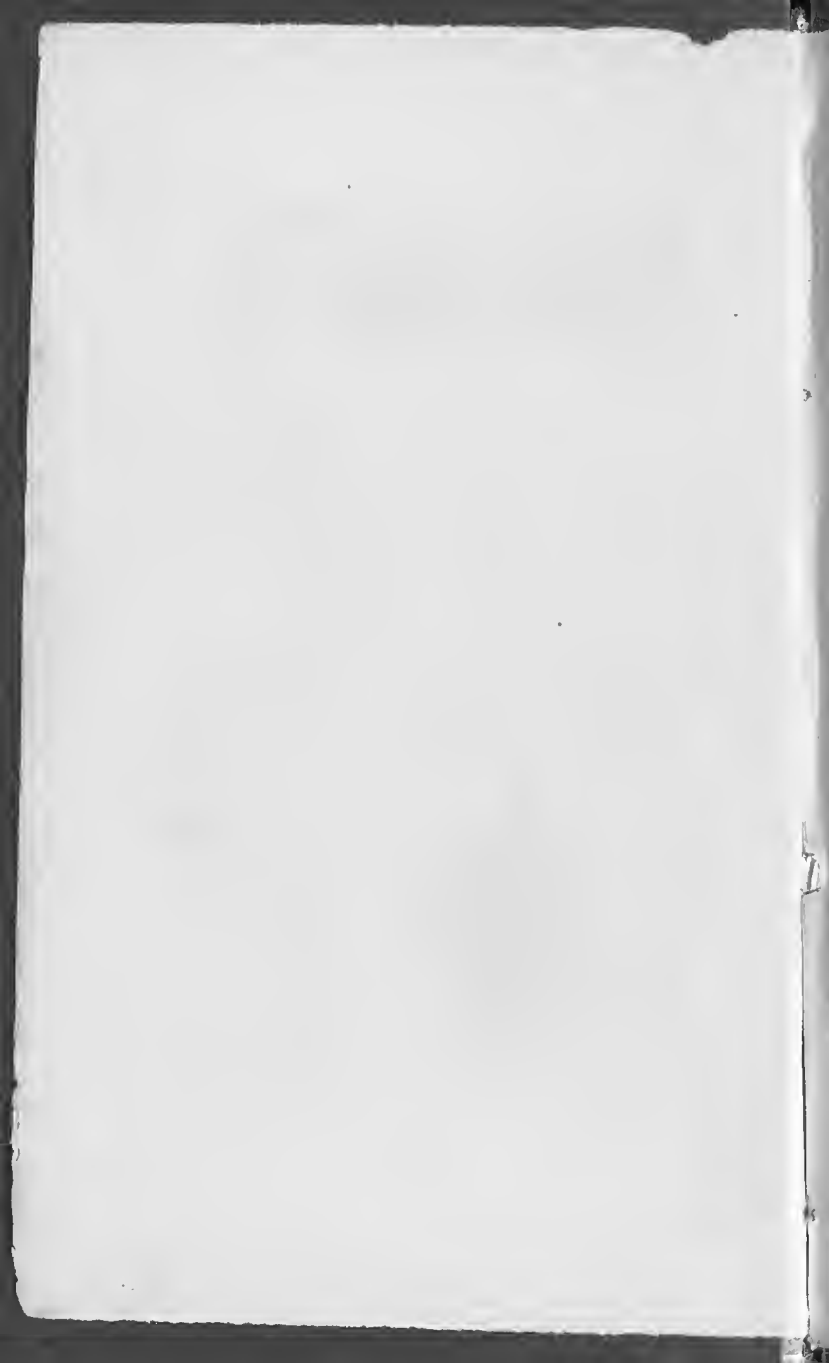
MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1883





EL ÚLTIMO ESTUDIANTE.

I.

GOZAN fama en el mundo, entre las mujeres hermosas, las de negra volcánica mirada, alborotada cabellera, color del azabache, tipos de la tierra africana con todo el ardor y toda la lozanía de las comarcas predilectas del sol. Dispútanles la palma á estas bellezas meridionales las hijas del Norte, que tienen la frialdad del hielo y la severidad de la agreste naturaleza de sus tierras, de ojos azules, blancas facciones y dorados cabellos. Felisa no era lo uno ni lo otro; pero aunque no se ajustase á estos tipos clásicos de be-

lleza, quizás diese solución á su rivalidad, llevando la palma.

Era de bien formado cuerpo, graciosa y esbelta, serenas facciones admirablemente delineadas, sonrosado color, de suave y delicado matiz, ojos grandes castaños, poblada y larga cabellera, sonrisa apacible, y gracia en todo su ser exquisita.

Felisa vivía con su madre en la Rua de San Pedro y en la acera derecha, según se va de la ciudad, en humilde pero risueña casita, al lado de otra de negra cantería, ancho portal, balcón corrido y escudo, pero sucia, fea y destartada.

Felisa y su madre tenían tienda. La casa era reducida: dos pisos, dos ventanas en cada uno, y en la planta baja una puerta y otra ventana. Detrás de los limpios cristales de ésta había paquetes de pimentón y de pastas, velas de esperma y de sebo, bacalao, cajas de fósforos, cuerdas de esparto, sombreros de paja, etc. Dentro de la tienda y detrás del mostrador, entre el cual y la pared queda-

ba el espacio necesario para pasar á las habitaciones una persona mientras compraba otra, había varios sacos de arroz, garbanzos, habas, etc., á medio vaciar algunos, llenos otros; colocados en la pared, sobre tablones forrados de papel amarillo, jabones, quesos del país, cajas de pasas y de higos; colgando del techo algunos jamones, y sobre dos docenas de chorizos.

Lo que daba á todo aquello cierta coquetería y hechizo, eran la pulcritud y el esmero con que estaba la modesta tienda arreglada, y la limpieza que resplandecía en los menores detalles.

La sexagenaria señora Teresa, que así se llamaba la madre de Felisa, había pasado muchos disgustos en este pícaro mundo. Casada, en primeras nupcias, con un capitán de Guardia civil, de la clase de tropa, fué maltratada por él, como puede serlo un quinto en su época de aprendizaje por un cabo furriel; un

hijo único que tuvo, murió gloriosamente como bravo soldado, defensor en Cuba de la integridad de la patria. A poco, su marido, Dios le haya perdonado, fué asesinado bárbaramente en la provincia de Burgos por una partida de malhechores. La señora Teresa volvió, por tan triste motivo, desde Burgos á Santiago, su tierra, donde al cabo de dos años se casó, en segundas nupcias, con un hombre de bien á carta cabal, sacristán hasta el día de la boda, en un convento de monjas. La amistad de la señora Teresa con la abadesa del convento, dió ocasión á que trabara con el sacristán conocimiento, que por sus pasos contados pasó á amistad, relación amorosa y matrimonio. La abadesa del convento era hermana de la condesa de Vilar, en casa de la cual señora había servido en sus mocedades la madre de Felisa, siempre protegida, con tal motivo, por la ilustre condesa y por su hermana la abadesa del convento.

No mucho después de su segunda bo-

da, nuevos desgraciados sucesos sumieron en profundo pesar á la señora Teresa, extirpando los gérmenes de verdadera dicha que comenzaban á arraigar en su alma. Al mes de nacida, murió una niña, primer fruto de su matrimonio, y al año siguiente, cuando contaba tres meses de existencia Felisa, pasó á mejor vida su padre, de resultas de un fuerte ataque asmático.

Precisamente, cuando se casó con el sacristán, la señora Teresa, puso la tienda, mediante un anticipo de la condesa de Vilar; y no mucho después, por su buena y llana condición, tenía la tendera de la Rua de San Pedro simpatías y parroquia.

En el tiempo en que ocurren los sucesos que he de referir, el estado de salud de la señora Teresa no era tranquilizador; estaba gruesísima, con la gordura fofa y grasienta de la edad senil. Respiraba con trabajo; sólo andaba con los piés arrastra, y deteniéndose á menudo. Sentada todo el santo día en el tenducho,

recordando desdichas lejanas, complaciase en contemplar á su hija, y así solíase quedar como absorta, hasta que cualquier ruido interrumpía su ensimismamiento, y entonces, moviendo quedamente los labios, murmuraba por sus muertos una oración. La pobre anciana, con un pié ya en la sepultura, cargada de años y de males, era verdaderamente feliz.

La señora Teresa, de joven, había sido una real moza—¡lo que pueden los años!—ni un rastro conservaba de su antigua belleza. Diríase que toda se la había trasmitido á Felisa al darla el sér.

Felisa, lo mismo que hermosa, era buena, natural y sencilla. Sólo con visitar sitios públicos, hallaría solaz y apasionados á docenas; pero nada se la daba por esto, y apenas salía alguna buena tarde con su madre á dar corto paseo hasta los Concheiros, obedeciendo á prescripción facultativa; todas las mañanas, eso sí, á oír misa de siete en las *Animas*, y alguna á visitar, antes ó después de oír

misa, al Santo Apóstol en la catedral ó á la Virgen del Rosario en el convento de monjas consabido. No faltará quien al llegar aquí avinagre el rostro, frunza el ceño, y ya de mal talante murmure «¡hum! beata tenemos;» pues tranquilícese el que tal sospeche, que ni Felisa era beata, ni lo parecía siquiera. Aunque practicaba aquellas devociones y otras más, y vivía en completo retiro, ni andaba con la vista clavada en el suelo, ni se escandalizaba al hallar en los demás faltas de que carecía ella, ni hablaban siempre sus labios de cosas santas, caracteres todos de beata que no reunía, y eso que muchas llamadas beatas encontrarían en Felisa no poco que imitar.

Cuidar de su madre, prolongar con atenciones y cuidados los días de su quebrantada existencia, éste era su mayor cuidado, ésta su principal preocupación. Ni apasionada ni soñadora, veía correr los días tras los días, desde la modesta tiendecilla, sin que su ánimo se inquietase nunca, sin que su boca se abriese pa-

ra bostezar aburrida, hastiada de vida tan monótona.

Felisa era buena y bonita, si las hay en el mundo. No faltan en Santiago muchachas que tengan la una ó la otra cualidad, ó ambas á un tiempo, pero ninguna en grado tan alto como Felisa. Parecerá hiperbólico el elogio, y es, sin embargo, simple juicio desligado de todo sentimiento que no sea el de justicia.





II.

A MEDIADOS de Octubre del año 187..., esto es, con quince días de retraso, poco más ó menos, llegaba á Santiago Ambrosio Vidal, estudiante de segundo año de Derecho.

Montado en aparejo redondo, sobre jaco que no era sino estrecho y flaco, y precedido de espabilado espolista, subió á la ciudad por el Camino Nuevo (carretera de Pontevedra) á trote cochinero, sin parar mientes en nada de lo que á su alrededor veía, todo para él conocido, puesto que estudiante en Santiago el curso anterior, había tenido tiempo en sus ocios, que fueron muchos, para aprenderlo.

Ambrosio Vidal era de marcial aire,

regular estatura, pelo rubio ensortijado, ojos azules, claros, descarados y atrevidos como su lavada cara, á que daba alegre aspecto, maligna y burlona sonrisa.

Llevaba inclinado sobre la ceja derecha el sombrero, color ala de mosca, y despedía por el lado izquierdo de su boca humo de una mala tagarnina. No mal portado en su traje, bien colocado en el albardón, parecía novelero personaje, caballeresco vestigio del pasado romanticismo; en cambio su jaco infundía sospechas de si sería manchego y descendiente en línea recta del conocidísimo *Rocinante* en que montaba D. Quijote.

El mozo dió muestra de su despreocupación, cruzando en tal guisa el pueblo por lo más céntrico, aunque parezca mentira, y oyendo más bromas que si estuviera en pleno Carnaval, porque á la cuenta era ya popularísimo en Santiago.

Entró por la puerta Fagera, no sin que su jamelgo sufriese irónico denuesto de achalanado alquilador en Pitelos

de *corceles* tan buenos como aquél, sino peores; siguió por *Bautizados*, y allí reparó las lucidas albardas de clara piel y dorados clavos, los estribos de zapato cómodos y recios, las engalanadas y flamantes cabezadas, los arreos todos, en fin, que adornaban en abigarrada confusión, el portal de los guarnicioneros, y entonces notó Ambrosio lo ennegrecido, viejo y destartalado de los arreos suyos; lo cual no quiere decir que sintiese vergüenza, bochorno, ni cosa parecida.

Cruzó el Toral, subió el Cantón, y se perdió luego en las estrecheces de las retorcidas calles de las *Huérfanas* y la *Calderería*, para salir al comercial *Preguntoiro*, donde subieron de punto las risas y las bromas, no agrias y duras, sino amistosas, con que le daban afectuosa bienvenida sus compañeros y amigos.

—¡Hola, Trucha!—decíale aquí con voz bronca, saliendo entusiasmado de un corro un estudiante de medicina.—¡*Chispillas* en campaña! ya nadie se aburre en Santiago,—gritaba con voz atiplada uno

de farmacia.—¡Oh, insigne Trucha, pez de calidad, pájaro de cuenta!—añadía un tercero de derecho alargándole la mano. Y para todos tenía nuestro Ambrosio una salida aguda, un dicho oportuno, una frase picante.

Al barullo de aquellos muchachos se acercaron otros y otros, y aún se pararon los transeuntes á contemplar la catadura estrafalaria del jaco, y la graciosa del ginete; resultando que á los pocos momentos el paso hallábase obstruido.

El guardia municipal, de uniforme azul (destrozado y sucio por más señas), con botones plateados, «cara de máscara sobre cuerpo de palo,» según calificación de Ambrosio, que con donaires tales alborotaba el cotarro, se acercó al grupo en ademán hostil, con ceño de capitán de foragidos, denotando hartó bien que le movía el deseo de satisfacer alguna venganza. Aquella tropa le había jugado muchas; deseaba meterla en vereda haciendo un escarmiento, y como la ocasión la pintan calva... he aquí que creyó

llegada la ocasión. Iba en aumento el número de curiosos: ya pululaban por allí esos correveidiles, vagos que no hay pueblo que no tenga, adivinadores, por rara intuición, del lugar donde ocurre algo que husmear luego en la tertulia, ó que referir en la redacción del periódico.

No había ocurrido nada de particular; pero aquella multitud se apercibía á la resistencia; las multitudes, fiándose en el número, siempre se resisten á la autoridad. Todos sospecharon que ocurriría algo grave; que los estudiantes allí reunidos, de armas tomar la mayor parte, armarían alguna. El ridículo se abrió paso. El guardia municipal, en un arranque melodramático de indignación, dijo: «están Vds. *interpretando la vía.*» Y ya por el dicho, ya por quien lo decía, tantas fueron las risas, que apenas se oía la voz de Ambrosio, que puso sal y pimienta al lance, burlándose á su sabor del pobre guardia que, inmóvil como una estatua y cariacontecido, por lo imprevisto del éxito, presenciaba la derrota de su auto-

ridad. El flaco del guardia era la gramática. Decía *embalsamado* por embaldosado, *maroma* por aroma, *higo* por hijo... y así á este tenor. Puso Ambrosio fin á la famosa escena, disolviendo los grupos al galopar de su rocinante.

No sólo de aquel guardia, sino también de los demás guardias, *villets* por mal nombre (que apenas hay quien sólo tenga el bueno en Santiago), era constante tormento la patrulla capitaneada por Ambrosio (a) Trucha, que apenas se daba punto de reposo en sus calaverescas aventuras.

Santiago, con sus torcidas calles, sus desiguales casas, sus irregulares arcos, que no permiten al alumbrado esparcir tanta luz como sombras, envuelto en las largas noches de invierno con manto de densa niebla, es escenario muy idóneo para toda clase de aventuras y de lances.





III.

UNA casa destartalada, que no obedecía á plan arquitectónico ninguno, que reñía, es más, con todas las reglas de construcción, que apenas se concebía cómo estaba segura, pero que, sin embargo, lo estaba, según lo acreditaban varios recientes reconocimientos; tal era la morada de Ambrosio. Formábanla dos pisos: el segundo abohardillado, y el segundo y el primero estrechos y reducidos; caso paradógico en Santiago, donde las casas grandes, aunque viejas, tienen siempre la comodidad que prestan la anchura y el desahogo.

En lo exterior de la casa llamaba la atención, ó hería la vista, mejor dicho, un balcón pintado de color verde rabio-

so, que hacía singular concierto con el rabioso encarnado con que habían pintado las ventanas.

Era la primera vez que paraba allí Ambrosio; pero la posadera conocíale de referencias, y por eso le puso mala cara; y lo que es más grave, le pidió por adelantado algunos cuartos. ¡Y qué especial oratoria la de aquella su nueva patrona! ¡Y qué absoluta carencia de modestia! La cual nada recomendable condición, corregida y aumentada por su menos recomendable mogigatería, cargó sobremanera al estudiante que, desde luego, le negó el anticipo de cuartos que solicitaba... Por supuesto, que la posadera se fué conformando. Llamábase la mujer Apolonia, y siempre estaba á vueltas con su santa, que maldito si la correspondía con sus atenciones, siquiera poniendo fin á los pertinaces dolores de muelas que tanto contribuían á avinagrar el genio diabólico de aquella insoportable mujer. Si comenzaba á hablar, y he aquí otra de sus excelentes condiciones, nunca

concluía...—Señorito, está muy caro todo; la Virgen Santísima nos valga... Qué tiempos nos han tocado, señorito... Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento... Suben las puertas, las carnes encarecen, el pescado falta... Nuestra Señora del Carmen nos dé fuerza... —¡Mal rayo!...—decía interrumpiéndola Ambrosio; y ella se santiguaba, llenaba de bendiciones á toda la corte celestial, y murmuraba al retirarse, echada con cajas destempladas por el estudiante: «Virgen Santísima, está perdida la juventud... Bendito y alabado sea, etc.»

Cualquiera comprendía que aquella fingida virtud, era la moneda falsa de la piedad. Doña Apolonia—no le escatimaré un don que siempre se daba, aunque no le tenía,—prestaba desde el doce por ciento en adelante... por supuesto con hipoteca.

Ambrosio pensó en mudarse á cualquier otra posada; pero recordó sus experiencias del curso anterior, y decidió no hacerlo. Porque en el curso próximo

anterior, no habría estudiado muy á fondo sus asignaturas, pero de las casas de huéspedes, vulgo posadas, había hecho formal y concienzudo estudio; podía, pues, en cuanto á esto, ya que no en cuanto á las bagatelas científicas, como él llamaba á la ciencia Justinianeana, al inmortal derecho romano, estudiado en sus más microscópicos detalles, en el nada microscópico libro del Excmo. Sr. D. Pedro Gómez de la Serna; podía, digo, formular verdaderos axiomas, resultado de su experiencia; y compuesta de éstos, redactar curiosísima guía del Santiago posaderil ú hospedero.

Había vivido solo, en los ocho meses del curso anterior, en el camino Nuevo, en las Huertas, en San Roque, en la Puerta de la Peña, en la Rua de San Pedro y en el Inferniño de abajo. Con una ama que no sabía las cuatro operaciones aritméticas, ó que si las sabía olvidábalas cada vez que hacía á fin de mes la cuenta... pero no en contra suya, por supuesto: con otra más fea que Picio, pero

que tenía consigo agraciada sobrina, de que se enamoró ó hizo como que se enamoraba Ambrosio, por lo que la tía le puso entre la espada y la pared, dándole á elegir entre la mano de su hija ó la inmediata muda... que naturalmente escogió; con otra que jamás ponía las comidas á su hora por los extraordinarios quehaceres... y no tenía más huéspedes en casa; con otra, en fin, porque celosa de su marido, un Juan Lanas, que debía serlo de ella, armaba todas las noches de Dios soberanos escándalos.

Todas ellas, amén de los señalados defectos que las caracterizaban, tenían varios que les eran comunes: pecaban de inverosímilmente lacrimosas y cuenteras, intempestivas é inacabables ponderadoras de sus desgracias, malas guisadoras é importunas hasta no poder más; con las cuales partes y prendas, ¿qué extraño es que Ambrosio, acostumbrado á peregrinar por docenas de casas hospederiles, y á ser profundo conocedor de tales lugares, donde toda incomodidad ha-

ce su asiento, los detestase con alma, vida y corazón?...

Bien veo, dicho sea en descargo de las pupileras de Santiago, y Dios me libre de caer en sus manos si no les satisface lo que añada; bien veo que el *diario* no suele ser grande y que en intemperancias, sin que haya las excusas del sexo, se las suele corresponder; bien veo que los tiempos no corren propicios, y que no cuesta ya un ochavo el ciento de sardinas, como en los del rey Carlos primero, resultado de lo cual es el oficio llevado de Judas... Pero sufrieran tamañas contrariedades con resignación, y se harían merecedoras de un lugar en lo más alto del empíreo.





IV.

CONVIENE, para la mejor inteligencia de la presente historia, que suspenda al llegar aquí la relación para dirigir una mirada retrospectiva hacia el pasado de Ambrosio.

Llamábase Pedro el padre de éste, pero era más conocido por el mote, y de mote llamábanle *Raposo*. Era secretario de Ayuntamiento, enriquecido por obra y gracia de los modernos sistemas políticos, y de su osadía é intriga admirables para proteger los bastardos intereses de un empingorotado político, fautor y cómplice,—como tantos otros que blasonan de hombres de orden, verdaderos Tartufos de la política,—de burdos é inmorales amaños.

El padre de Ambrosio, de pobrísimo origen, pues empezó de escribiente, cuando llegó á secretario se casó con una mujer astuta, dispuesta para toda clase de asuntos como pocas, y no más escrupulosa, en punto á conciencia, que su marido ó el personaje patrocinador.

Pedro Vidal, amén de negociador sin reparos, roñoso, hízose muy pronto acaudalado; bien es verdad que fortunas de tal suerte adquiridas, sin lograr la dicha propia y estorbando la ajena, son bien poco envidiables, ó despreciables mejor dicho.

Aunque el padre y la madre de Ambrosio eran tal para cual; aunque de todo en todo convenían, y se podría con exactitud decir, que ni nació mujer alguna más digna de aquel hombre, ni hombre alguno más digno de aquella mujer, es lo cierto que siempre andaban á la greña.

Quizás porque á la manera que dos negaciones afirman, dos malicias se destruyen, acaso porque dió un *salto atrás*

moral el niño Ambrosio, ello es que nació de buen natural, que en manera alguna admitía cotejo con sus padres. Sólo sí, que viviendo siempre al lado de éstos, que ni lo más mínimo se cuidaron de su educación, resultó traviesísimo muchacho; ni más ni menos que lo hubiera sido el de más recta alma, el más inocente y bien intencionado que se pudiera decir ni pensar, abandonado á sus instintos y pasiones. Fué, tal vez, la desidia de sus padres causa de que contrajera en sus primeros años maligna enfermedad, que puso en peligro su vida, é impidió en lo físico su desarrollo. Resultó así, de no fuerte contestura, y aunque andando los años robusteciése bastante, siempre hubo, así y todo, notable desarmonía entre su espíritu decidido y emprendedor y su cuerpo debil; y en quien quiere tropezar con dificultades y vencerlas, sobreponiéndose á ellas con la firmeza de su alma, es grave contra que no acierte á corresponder á ésta la fuerza de su brazo.

Si alguien hubiera imbuido en el espíritu de Ambrosio nobles ideas y propósitos levantados, y hubiera, además de esto, adiestrado su cuerpo; si no se hubiese, á lo menos, criado en aquel medio de vida canallesco en que atendía su padre, chupóptero de la peor especie, á especular en perjuicio de la honrada pobreza de la gente de su ayuntamiento, ¡quién sabe si empujado por favorables circunstancias, hubiese llegado Ambrosio á ocupar un puesto entre los hombres que valen en el mundo!

Con su pelo rubio, que tiraba á dorado, sus azules ojos, su blanca y apretada dentadura y animadas facciones y porte elegante, se distinguió Ambrosio desde sus primeros años entre la caterva de niños grotescos, de facciones duras y negras, de andar desairado, que por todos los poros de su cuerpo respiran torpeza y ordinariez.

Y desde los primeros años, en los juegos con sus camaradas, flojo y débil, pero mañoso, se sobrepuso á éstos, co-

roborando el sabido refrán «más vale maña que fuerza.» Sólo que en aquel caso, más aún que su maña, triunfaba su osadía, pues más vale osadía que maña y fuerza juntas.

.....

 Ambrosio creció, y comenzó sus estudios en el Instituto de Pontevedra. Aunque muy vago, muy listo, obtuvo brillantes calificaciones en todas sus asignaturas, y la de sobresaliente en los dos ejercicios del grado de Bachiller.

Siempre animado y decidor, siempre festivo, ocurrente y simpático Ambrosio, cursó después en la Universidad literaria de Santiago, obteniendo señalados triunfos en el primer año de Derecho.

Ingenioso como no hay muchos, osado como hay bien pocos, fuera capaz de disputar con el mismo Cicerón sobre cualquier cuestión árdua de derecho, después de pasarle la vista. Que no era oro todo lo que relucía en sus explicaciones, lo sabían sus compañeros, pero lo igno-

raban sus catedráticos. No era profundo en nada; su despejo le daba vagas noticias de todo, y alcanzaba así esa frágil universalidad que en un momento dado seduce.

Aunque estudiante, en días para la clase escolar de decadencia, Ambrosio conservaba por caso raro, los rasgos típicos del estudiante antiguo. Faltábale sólo, para que fuese completa la semejanza, usar manteo y tricornio.

Cuando se han borrado por completo las diferencias de las clases y no conserva la escolar sino muy escasos residuos de sus pintorescas y características costumbres, bien puede llamarse á Ambrosio *el último estudiante*.





V.

LA misma noche de su llegada á Santiago, tuvo el gusto Ambrosio de avistarse con sus compañeros, no los de su cátedra que vería al día siguiente, sino algunos de su mayor confianza y más especial intimidad, acompañantes suyos inseparables, y como tales, constantes é incorregibles aventureros.

Su más íntimo amigo, Pedro Mata, era un mocetón alto y robusto, de tez cobriza, facciones bruscas, mirar torcido y aire y hechos de matón. A la sociedad que formaban, llevaba Ambrosio el ingenio, Pedro la fuerza. Sucedió á este lo que á tantos otros matones: que en el fondo era bueno. Con la generalidad de los matones convenía en estar á menudo

medio chispo; pero no asimismo en la fanfarronería, disfraz de flojedad casi siempre. Suelen los matones que caracteriza la fanfarronería buscar á infelices que no sepan en su inutilidad defenderse, y entonces es chica hazaña la suya; y si por ventura tropiezan con quien pueda ponerles las peras á cuarto, ¡ah! entonces se las dan de perdonavidas, y haciendo alarde de generosidad que no tienen, abandonan el campo. Siempre sucede que no faltan tontos que se atemoricen ante matones de esta laya, y con sus temores que no aciertan á ocultar, les labren la reputación que ellos codician. Por otra parte, estos tales, para ocultar su fragilidad, amén de usar su característica fanfarronería, ponen exterior fiero, mirada torva, ceño adusto, aire en fin de antropófagos. Pedro era menos matón en ese sentido y menos falso que estos, pero en cambio era más bárbaro, y váyase lo uno por lo otro.

Más bueno que el pan, ó tanto por lo menos, era Dionisio Torres, también in-

separable compañero y decidido amigo de Ambrosio. Capaz de hacer cualquier sacrificio por todo amigo, no hacía nunca mal á nadie según la fama cuenta. Tercero en discordia en las desavenencias que pudieran ocurrir entre Ambrosio y Pedro, que aún entre los más íntimos amigos ocurren alguna vez desavenencias, lograba bien pronto ponerlos en armonía: su misión era siempre de paz. ¡Y cuántos disgustos costaban al pobre Dionisio los pesados lances que en su vida aventurera les ocurrían! Lo cierto es que en medio de todo, tan identificado estaba Dionisio con la vida aquella, tan encariñado con sus compañeros, que ni acertaba á estar sin éstos ni á practicar vida distinta. La cualidad afectiva predominaba en su alma. — Así, cuando llegaba el fin de curso, y abandonaban todos contentos los claustros universitarios para regresar á la casa paterna, sólo él, huérfano de padre y madre, sentía dolor por abandonar aquella vida y aquellos compañeros. Dijérase que ponía en

éstos, á quienes le unían lazos de amistad, el cariño que no podía emplear con quien le ligasen vínculos de parentesco.

Sólo tenía un tío; y ese era el reverso de la medalla de su sobrino. En fuerza de egoísta, nunca se había querido casar, y célibe á los sesenta años era huraño y avariento y estaba por contera achacoso. Dos veces estuvo á visitarle Dionisio en la apartada aldea de montaña en que vivía, y pudo comprender que antes le causaba molestia que contento... ¡Tan sólo se hallaba, pues, en el mundo, quien por su índole necesitaba estar acompañado!

Como Dionisio Torres era la misma dulzura, tenía—eslógico—aficiones filarmónicas. Y aún por esto discutía á menudo con Pedro, que calificaba á la música, ateniéndose al vulgar dicho que achacan á Napoleón, del menos molesto de los ruidos. Dionisio cantaba bien, con armoniosa voz de tenorino, no muy llena ni muy extensa, pero sí muy afinada y agradable.

Era Dionisio, amén de esto, buen tocador de flauta; y tocando la flauta unas veces y cantando otras, que en la variedad está el gusto, entretenía los ocios, y regalaba el excelente oído y satisfacía las filarmónicas aficiones de Ambrosio. El mismo Pedro, aunque protestase de vez en cuando, más que por otra cosa por su sistemática afición á llevar la contraria, oía con gusto, siempre en proporción ascendente, los cantos y las tocatas de Dionisio. ¿Y quién es el que acierta á librarse del misterioso influjo de ese divino lenguaje, aunque no le sea dado penetrar sus mil bellezas, y sólo sí admirarlo por manera ciega é instintiva?

Como la popularidad de Ambrosio Trucha, según generalmente le llamaban, era grande, y sus simpatías muchas, dicho se está que además de aquellos compañeros inseparables que compartían con él la fama, seguíanle buen número de estudiantes que formaban lo que pudiera llamarse el coro general.





VI.

AL día siguiente de su llegada fué Ambrosio á las cátedras, llevando, como correspondía, certificado de enfermo, que excusase hasta aquel día sus faltas de asistencia.

Tenía tres cátedras, que á razón de hora y media cada una, sumaban cuatro horas y media, tiempo de sobra para aburrirse un joven de tan extraordinaria vivacidad, si en las dos primeras cátedras no inventase ideas y madurase planes dejando correr libre su fantasía; pues en cuanto á la tercera, aquello era harina de otro costal: prevalido del valetudinario estado del catedrático, y usufructuando una de las posiciones más estratégicas de la cátedra, dispuesta en forma de

anfiteatro, tomó ya el primer día *las once* con media libra de dulces, en lo que le acompañó el vecino; hizo ensayos de puntería con bolitas de papel, tomando por blanco las cabezas de sus compañeros, y aún alguna vez la del señor catedrático—blanco asaz difícil por ser pequeño, insignificante su cabeza y larga la distancia,—y puso, en fin, banca con una baraja grasienta (prestada por un bedel), y talló ganando ocho reales á sus compañeros.

Esto el primer día; para hacer boca, como si dijéramos. Como el catedrático —¡pobre señor!—era más corto de oído que de vista, ó tanto por lo menos, parafraseó su explicación imitando su voz temblona, su oratoria monótona y cansada, y aún fustigándole por tal cual oración perniquebrada ó manirota que solía escapársele; lo cual llamaba Ambrosio, no sin gracia, lección de solfeo.

Con todo esto y mucho más que hacía, parte de ello no referible, apenas podían contener la carcajada sus compañe-

ros, tapados con los pañuelos los dos orificios de la nariz, cerrada la boca, colorados como amapolas los carrillos y llenos de agua los ojos. Así, á pesar de durar hora y media justita y cabal la cátedra, y de estar sentado todo el tiempo el inquietísimo Ambrosio, apenas daba crédito los más de los días al bedel cuando anunciaba la hora, creyendo que se había confundido.

El catedrático en cuestión estaba chapado á la antigua, y tomaba la lección todos los días...—«El señor Fulano nos dirá hoy la conferencia.»—Y el estudiante comenzaba á recitar en alta voz el autor de texto leyéndole: ¡pobre de él si no acertaba á leerlo en alta voz! porque el catedrático, que no oía, juzgando *á priori*, daba por sentado que no sabía la lección y le ponía mala nota. Y si por su desgracia, el estudiante era tartamudo, aunque tuviese voz clara y sonora y supiese la lección *al pelo*—ó la leyese, que es lo mismo para el caso,—en cuanto comenzaba á tartamudear: «Basta... á ver,

otro señor,»—decía el catedrático,—al propio tiempo que le ponía á él ó á otro cualquier vecino en la lista (que también en esto se solía equivocar) la mala nota correspondiente.

Si tenía la desgracia de tropezar con tres ó cuatro seguidos, que á su parecer, no supiesen la lección, alterado y convulso les dirigía un discursito que siempre tenía el mismo corte. Ponderaba en él los sacrificios de los padres, sacaba á relucir la mala correspondencia de ellos, ingratos hijos; les recordaba que eran estudiantes de facultad, por si lo habían olvidado, y concluía según empezaba, intercalando, vinieran ó no á cuento, unas cuantas frases con que prestase fuerza á su amonestación la respetabilidad del autor de texto. Aquí sí que no valían las precauciones de los estudiantes, que soltaban, bien á pesar suyo, la carcajada. Y entonces era cuando iracundo, nervioso, se revolvía en su asiento el catedrático, extendía la lista, y de alto á bajo llenábala de borrones: significaban és-

tos faltas de conducta, y ejercían perjudicial y decisiva influencia en los exámenes, cuando eran dudosos los ejercicios... ¡Así había tan crecido número de crucificados!

Calmados estos estudiantiles tumultos, mal humorado el catedrático con la poca educación y mucha ignorancia de sus discípulos, acudía al que más estimaba entre éstos, como bueno y listo y aplicado, á Ambrosio Trucha, como si dijéramos, al Tribunal Supremo de la cátedra...

«El Sr. Vidal (D. Ambrosio) nos dirá seguramente lo que ignoran estos señores.» Y héteme aquí á Ambrosio, el libro entre las rodillas, los ojos sobre el libro, recitando íntegro el texto con voz aguda y penetrante, que metía en los oídos del ya ufano catedrático, periodos, frases y palabras.







VII.

EN el piso segundo de la casa de la señora Teresa y Felisa, que ocupaban el primero, había posada; y en ella paraban cuando iban de su pueblo, que era el pueblo de Ambrosio, á Santiago, dos vecinas de aquél, madre é hija.

Amigas, además de vecinas, avisábanle no bien llegaban á Santiago, ya para que en su casa las hiciese compañía, ya para que las acompañase de un lado á otro. Y como tenían pocas relaciones, de bonísima gana enterábanle de cuanto ocurría en su pueblo, á trueque de tenerle contento y asegurar su compañía.

—¿Y la sobrina del juez sigue en relaciones con mi primo Antonio?—pre-

guntábales, y le contestaban sí ó no, según sucediese.

—¿Y se casan—insistía en sus interrogaciones—Diego, el jiboso, curiosísimo ejemplar de viejo enamorado, con Pepita, la melindrosa?

—No, replicábanle... porque ya están casados. Y abría Ambrosio la boca y se santiguaba admirado y tornaba á preguntar, y continuaba preguntando horas enteras. Lo que pasa.

Pero, vamos al caso. Sucedió aquel año lo que no el anterior, sin duda porque el anterior pararon muy poco, y fué que las forasteras trabaron amistad muy pronto, cordial, con la señora Teresa y su hija.

Comprando no sé qué cosa, ni me importa, la forastera, doña Ursula de nombre, charlatana de condición, y con pretensiones bachillerescas, habló de su primera viudez, que coincidió con la primera viudez de la señora Teresa. Desde aquel día, hablaron todas las mañanas y todas las tardes, y desde pocos días des-

pués, dieron en bajar por la noche á la tienda. Y como fuese á visitarlas varias noches Ambrosio, y las hallase allí instaladas, cediendo á las invitaciones de la dueña, asistió á la tertulia, y repitiendo sus visitas, hízose en fin obligado tertulio de la buena madre y de la hermosa hija.

Por supuesto que á ésta ya la conocía, como á todas las chicas guapas de Santiago—y á muchas feas,—por lo que le sobraban datos para escribir un libro curioso: la estadística de la belleza mujerial en Santiago, por los años de mil ochocientos setenta y pico.

Conocer á Felisa y admirarla, tenía que ser una misma cosa para cualquier persona entendida en este género de estética, y cuenta que Ambrosio era *sutilísimo* para la percepción de esta belleza.

Sin duda porque en opinión general, á la manera que quien conociese á Felisa la admiraba, el que la tratase la quería,—tan digna de cariño era;—ello es que sin que hubiese otro motivo que las

visitas de Ambrosio, por todo el barrio se corrió que la pretendía.

Opinaban unos,—y estos eran los menos,—que nada tenía de particular que el estudiante frecuentase la tienda, puesto que iba á ver á sus vecinas las forasteras. Argüían otros á los de semejante opinión, diciendo que si ese fuese su objeto iría á su casa, á hora en que estuviesen, y no á la tienda; que si hubiera ido á ésta una, dos ó aún tres veces, nadie se podría maliciar; pero yendo todas las noches ya sistemáticamente, el más topo comprendía que le llevaba afición á la joven. Había quienes añadían que Felisa le hacía caso, lo cual negaba la mayor parte, fundándose en que esto era inverosímil, dado el carácter de Felisa, que había desdenado muchos excelentes partidos. En general seguían la primera opinión los hombres, la segunda las mujeres jóvenes, y la tercera las mujeres viejas.

Mientras de esto se hablaba por el barrio, picada la general curiosidad, y

deseosos todos de tener noticias ciertas para ver quién acertaba en sus previsiones, continuaban asistiendo á nocturna reunión en la tienda, la sempiterna charlatana doña Ursula; su hija, parecidísima á la madre, pero más fea y muy parada y sobrado silenciosa,—pecando en esto por carta de menos, según pecaba por carta de más la madre;—Ambrosio *Trucha*, y el primo en remoto grado de la señora Teresa, D. Gregorio Malvas. Y al fulgor amarillo rojizo de la luz desigual y monótona que esparcía antigua lámpara, conversaban los allí reunidos en dos grupos, formado uno de los tres muchachos, y otro de los tres señores formales.

Cuando la conversación se generalizaba, lo que procuraba siempre D. Gregorio, éste y doña Ursula disputábanse el uso de la palabra; por lo que D. Gregorio renegaba de la forastera y deseaba por momentos que se marchase. Su cháchara insustancial y sus pujos de sabionda, la cargaban más cuando recor-

daba los íntimos y animados coloquios de otras noches con su prima y sobrina.

Llegó al fin el día con tan vivas ansias deseado por el primo de la señora Teresa, en que se marcharon las forasteras. Y Ambrosio, lo que á D. Gregorio, exclusivista siempre, le pareció muy mal, continuó yendo por las noches á la tienda.

Los vecinos del barrio supieron entonces á qué atenerse en el asunto de sus porfías sobre las visitas de Ambrosio; los que no suponían én éste interés amoroso ninguno, quedaron completamente chasqueados, y desde luego se dieron por convencidos de lo contrario. Los que supusieron en él aficiones que serían desdeñadas por la bien probada indiferencia de Felisa, reconocieron también haber sufrido engaño, porque ni amigo hasta entonces ni pariente, ¿á título de qué entraba allí Ambrosio todas las noches si ella le pusiese mala cara?

Las mujeres, que creyeron acertar, esas sí que se pusieron orgullosas. En opinión de uno de los vecinos chasqueados, —tabernero célibe,—según sucede á las mujeres todas: si en una sola cosa aciertan, una vez sola por casualidad.

.....

Al lado de la casa de la señora Teresa, y en la de escudo, ancho portal y larga balconada, vivían tres costureritas morenas, dos de ellas graciosas y bien formadas, la menor ni bien formada ni graciosa, pero que amén de saber lo de la gracia las dos que la tenían y de figurársela la otra, era común á las tres el defecto capitalísimo de ser muy dadas á coqueteos. Y en parte, pero sin alcanzar responsabilidad, tenía Felisa la culpa, ó mejor dicho, su desdeñosa indiferencia; porque, ya se ve, los que venían á encontrar tan lejos, casi fuera de puertas, desdenes, no querían de ningún modo retirarse, sin llevar algo que contar para satisfacción de su ofendido amor propio, y acudían á lo primero que en-

contraban; á las costureritas morenas.

Estas, con grandísimo gusto, aceptaban aquellos efímeros amores de amante desdeñado, que busca sólo satisfacción en aquel momento, á guisa de triaca con qué neutralizar los efectos del desdén, sustancia venenosa.

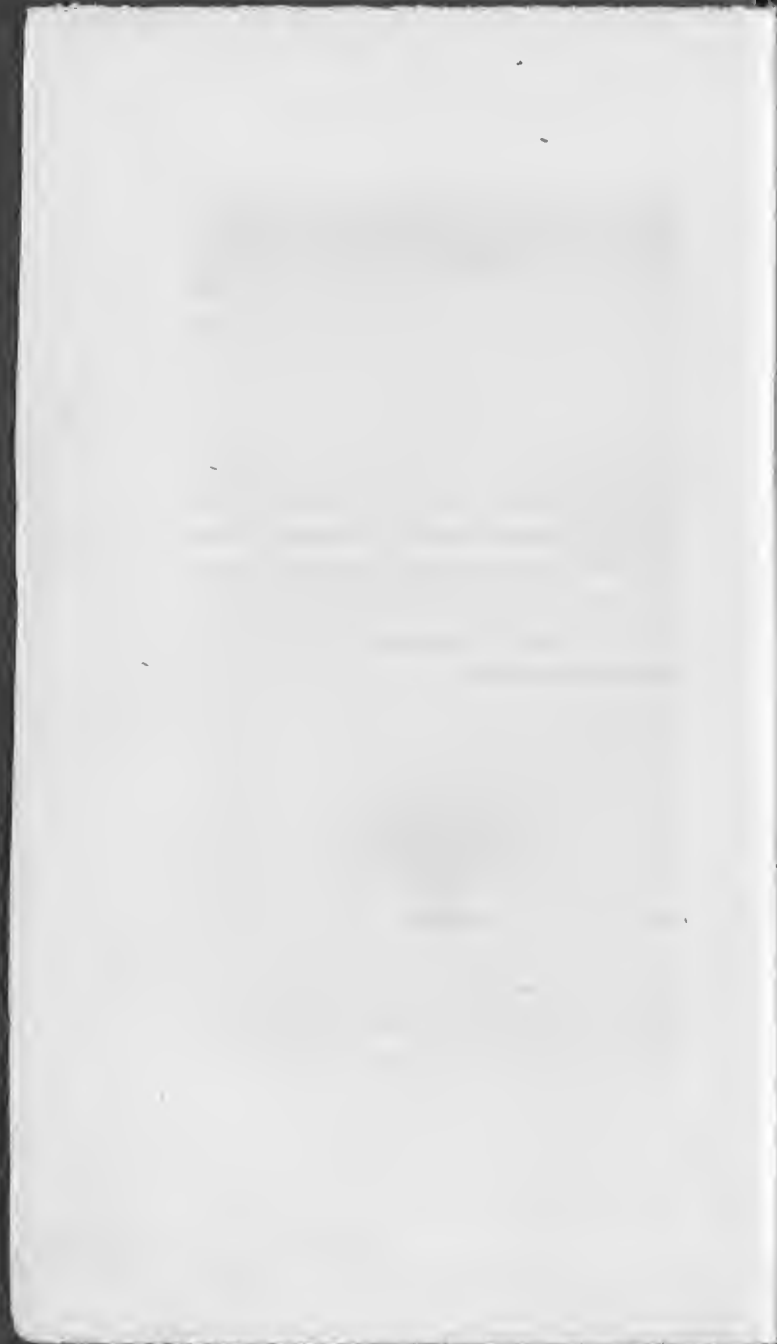
El citado tabernero célibe llamaba á los de aquellas niñas amores de lance. Y es mi parecer que erraban el tiro las costureritas, porque si fuesen serias y se echasen del cuerpo la mala fama que sobre sí tenían de coquetas, quizás conquistasen de veras, pues es indudable que más que otras cien lo merecían, aparte de que en esto más que la belleza, la gracia ó el talento, decide la fortuna. Pero en fin, á ellas les dió por la variedad de novios, y ya podía el amo de la destartalada casa que habitaban subirles el inquilinato; de ningún modo abandonarían tan estratégica posición.

Cuando Ambrosio dió en ir á casa de la señora Teresa, columbraron una bella esperanza. A la mayor le gustó mucho

su tipo, y dió por seguro que, como todos los que conocían á Felisa, la pretendería, y que ella le *calabacearía*—si vale el verbo,—como á todos. Creía también y en ello cifraba sus ilusiones, que entonces, para dar en cara á la *ingrata*, miraría á donde le mirasen.

El desengaño fué terrible. Contaban, galanas cuentas las suyas, con la glacial indiferencia de Felisa, y ni se las pasaba por las mientes que un joven de diez y ocho años, estudiante de segundo año de carrera, fuese el llamado á rendir fortaleza tan altiva.







VIII.

QUEDA dicho lo que pensaban los de fuera de las visitas de Ambrosio; pero el juicio de las gentes suele ser errado, como que se funda en apariencias; y errado era en el caso presente. Ni era Felisa altiva, ni desdenosa, ni egoísta ó cosa que lo valga, según las afirmaciones de mal disimulada envidia.

Ignoro qué vicio está más arraigado entre los que juzgan que valen, si la vanidad ó la envidia. Efecto á un tiempo de la envidia y de la vanidad, es censurar á los que verdaderamente sobresalen en el mundo; tenemos inmoderado afán de sobresalir como ellos: he aquí la envidia; y juzgámonos perfectamente aptos para ello: he aquí la vanidad.

Si tan feos vicios mueven al hombre á rebajar el mérito del que le es superior, mucho más influyen y con resultados doblemente perniciosos en la mujer. Que una sobresalga, pongo por caso, por el talento; pues lejos las demás de celebrarlo, para honra y gloria de su sexo, no sólo la niegan ese mérito, así sea claro y patente como la luz del medio día, sino que buscan todas las fragilidades de que no se haya sabido eximir; acogen como axiomas las mismas imposturas, y amasadas por la envidia, en su contra las dirigen; al propio tiempo, murmura el demonio de la vanidad algunas palabras á su oído, y ellas que han visto en el mérito vulgaridad, hallan en sí, vulgares como son, mérito soñado.

¿Cómo habían de llevar en paz las vecinitas de Felisa su superioridad moral? ¿Cómo no habían de ponerla muy por bajo de ellas como mujer insensible, sin pasiones y sin sentimientos, que, por tanto, de mujer sólo tenía el nombre? Y

tantas veces lo dijeron y tantas partieron de tan gratuita suposición, que en fuerza de esto llegaron á figurárselo cosa evidente... Y ellas que todos los triunfos que obtenían se los debían á la que calificaban glacial indiferencia de Felisa, llegaron á trinar, porque al parecer Felisa olvidaba su glacial indiferencia.

Pero ni Felisa era, claro está, como ellas pensaban, ni el asunto de Ambrosio tomaba el sesgo que creían. Cierto que en Felisa la facultad que sobresalía era la inteligencia que, despejada y clara, dábale siempre reglas de bien obrar, y mostrábale el camino que debía seguir en las dificultades de la vida; cierto que tenía lo que vulgarmente se llama buen sentido, buenísimo en ella, y que no es otra cosa que la inteligencia misma aplicada al recto ejercicio de la voluntad; pero por esto no ha de creerse que era Felisa mujer fría y sin sentimientos, de esas que sólo se mueven cediendo á las prescripciones del cálculo. Todo lo contrario: el corazón de Felisa estaba dota-

do de sentimiento purísimo. Si la murmuración la tachaba de indiferente, era porque no acertaba á distinguir el sentimiento de la sensiblería mal sana, fuente purísima aquél de afectos nobles, puros y levantados, origen ésta de afectos torpes y mal dirigidos. ¿Es indiferente una mujer, carece de sentimiento su alma porque tenga la conciencia de su dignidad, y acierte á librarse de vanos coqueteos y no ponga su cariño sino en quien lo merece, cuando al querer no se opone el deber, cuando se adunan el derecho sentir del corazón y el recto pensar de la inteligencia?

¡Ah! ¡Y cuántos que censuraban á Felisa (ó cuántas mejor dicho), por el noble y elevado temple de su alma,—que en todas las clases hay almas elevadas y nobles,—si procediese de otra suerte, si se inspirase en miras de egoísta conveniencia, si falsease sus sentimientos y especulase con ellos, verdaderamente indiferente entonces con lo que menos debía serlo, cuantas, digo, encontrarían á

Felisa digna de consideración, de respeto y de cariño!...

.....

Cuando por pura coincidencia, como es sabido, dió Ambrosio en ir por las noches á la tienda de la señora Teresa, ésta y su hija le recibieron con marcadas muestras de satisfacción, como que ni una ni otra eran hurañas sino, por el contrario, más bien aficionadas al trato de las gentes, que, aunque no buscasen, pero tampoco rechazaban cuando se les entraba por las puertas.

Ambrosio era espontáneo y franco, simpático y agradable, como ya he dicho; y naturalmente, frecuentando el trato de aquellas excelentes mujeres, no tardó en intimar con ambas. Felisa por su parte le estimó más cuando llegaron á su retiro versiones de la historia de Ambrosio falseada por la envidia, censurada por la formal apariencia de quien gozase crédito de buen muchacho ante la mojigatería social. Ambrosio correspondió á Felisa, al parecer, con un afec-

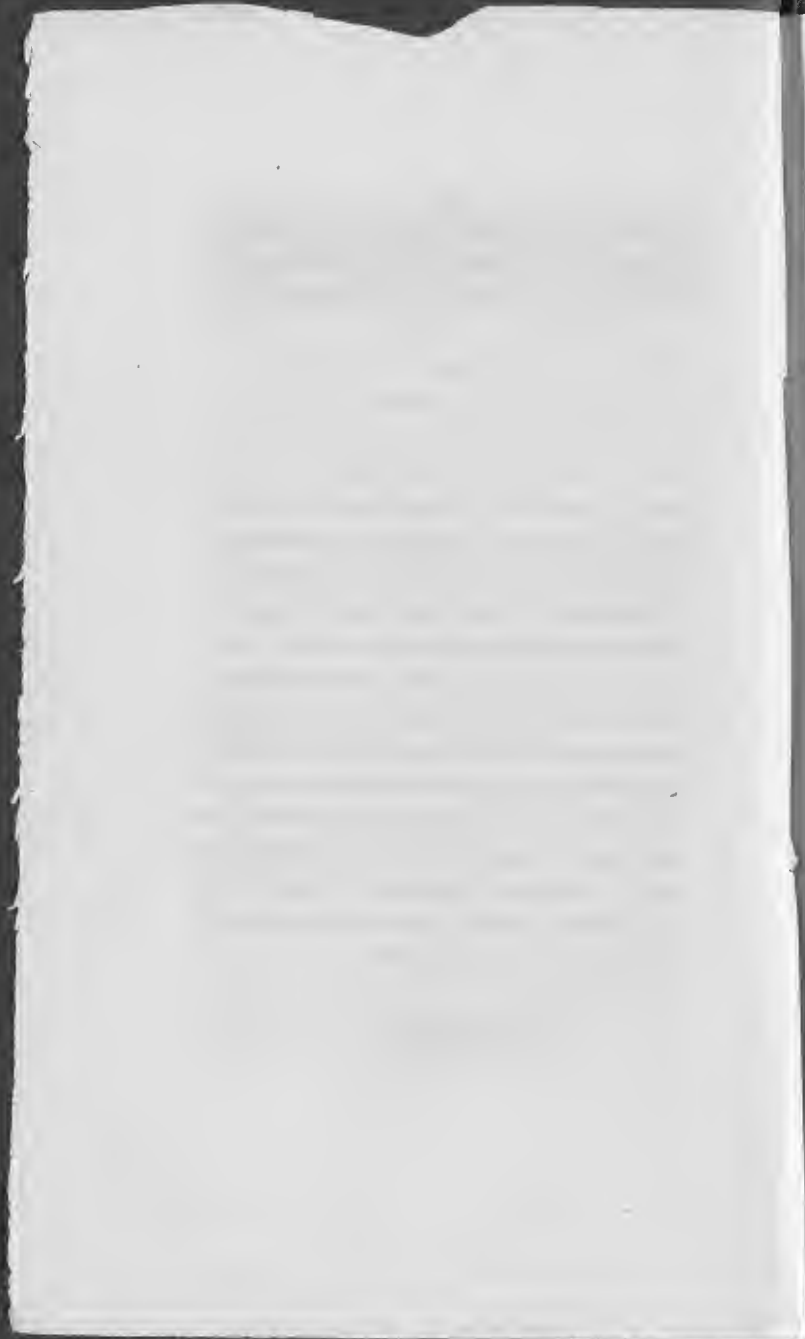
to de idéntica naturaleza que el suyo; le interesó aquella muchacha, le pareció muy simpática y más bonita, pero no le dió *flechazo*.

Ambrosio, que se las daba de *invulnerable*, y antójaseme que no lo era, nada tenía de enamorado. Acaso alguien aficionado á datos estadísticos y contemporáneo suyo, que le haya seguido los pasos, me presentará una lista de novias que asuste, en la que hallen cabida desde la sobrina de un fraile hasta una bailarina de teatro, sin dejar en el tintero á lucida doncella sirvienta en casa principal, y á modesta pero graciosa tendera en la mejor guantería. Como á todas estas y otras muchas más, galanteó Ambrosio á Felisa; pero quizás á ninguna con mayor empeño y con menor confianza, ya porque no le daba ella pié, ni mucho menos, ya porque sabía de sobra que buenos galanteadores y excelentes partidos no habían podido rendir á beldad tan soberana.

Tenía bien puesto Ambrosio su amor

propio, su vanidad mejor, y gustábale en todos los terrenos librar batallas y lograr victorias; pero en el terreno del amor más que en ninguno. A ser verdaderos los enamoramientos de Ambrosio, si obedecieran á profundidad en el sentir, no fueran tantos é imprimieran en su alma ese sello de languidez y melancolía, exagerado subjetivismo, continúa preocupación y constante ensimismamiento, que caracteriza á los caballeros andantescos, á los espíritus amantes. Aunque Ambrosio parecía en cierto modo, como atrás dije, caballeresco vestigio de los pasados tiempos, muy lejos estaba de serlo; su afición á aventuras no se enderezaba á elevados fines, ni su alma encerraba poéticas aspiraciones, ni siquiera las trovas, con que cantaba á tantas y tantas Dulcineas, pasaban de ser pueriles desahogos, vanos escarceos, vacíos de todo sentimiento.







IX.

AMBROSIO Trucha comprendió, al notar lo vano de sus esfuerzos primeros, que sus intentos habían de salir fallidos, y á medida que se convencía de esto, más bella le parecía Felisa, más digna la consideraba y era mayor su empeño de lograr el más envidiable de sus triunfos. Nada había estudiado tanto Ambrosio en el mundo como el arte de la seducción; arte en verdad más difícil de aprender que muchas ciencias. Y era bien triste desengaño el que su vanidad de afortunado seductor llevaba, como no acertase á enamorar á aquella ignorada é inocente muchacha no avezada á la lucha ni á la resistencia.

Lo que nuestro joven le dijo con sus miradas, lo que le demostró con sus ademanes, lo que le declaró con sus palabras, no fué parte para que se ablandase su corazón.

Favorecido por las circunstancias, una noche se excedió Ambrosio á sí mismo. Habíase dormido la señora Teresa; D. Gregorio Malvás, ligeramente indispuesto, no había ido aquella noche á la tienda. Pudo, pues, Ambrosio decir á Felisa, entre otras cosas:

—Felisa, usted es una mujer de hielo... uno y otro día mi pasión habla á V. y le demuestra el sentir de mi alma, y usted permanece sorda al lenguaje de mi amor. Exíjame V. un sacrificio, impóngame V. una prueba; me someto á todo, estoy dispuesto á todo, porque vivo por usted y para usted.

Felisa escuchó silenciosa, fijos los ojos en la labor, sin atreverse á levantarlos, el lenguaje apasionado de Ambrosio. Y tal era el calor que daba éste á la frase y de tal suerte se animaba todo su sér

emocionado, que Felisa se encontró sorprendida; le fué imposible balbucir algunas palabras, siquiera fuesen para desengañar á su adorador. Por su parte éste, ya descorazonado, no acertó á escudriñar con mirada serena el efecto que producían sus palabras en Felisa; no supo sorprender en su semblante el rastro de su turbación. La sangre fría, la serenidad, el aplomo, armas que en las difíciles situaciones, hábilmente esgrimidas, dan resultados seguros, faltaron á Ambrosio por primera vez en su vida.

Felisa delante de Ambrosio, cuando éste le hablaba apasionado, sintióse dominada por algo superior; nunca le pareció tanta la discreción de Ambrosio, ni tan apuesta su figura, ni tan simpático su aire. Si Felisa hubiese hablado aquella noche, quizás se hubiese perdido; supo callar, y tal vez se había salvado. ¡Cuántas veces está en callar á tiempo, como entonces, el secreto de la oportunidad!

El último cartucho era el quemado

por Ambrosio. Con la animación de su semblante, con el calor y el apasionamiento que puso en las frases vehementes de su declaración á Felisa, contrastaban la timidez con que se despidió de ésta y de su madre, visiblemente contrariado, como quien juzga frustrados sus planes. No se ocultó esto á Felisa. Era el evento temible para ella, que en los momentos en que oía las apasionadas declaraciones de Ambrosio, sintiese vacilación su voluntad; muchacha en fin asaz joven é inesperta; pero si Felisa pensaba en el caso, muy lejos estaba de sucumbir, rindiéndose á joven de diferente clase y condición distinta.

Día de disgustos fué aquel para Ambrosio; salió de Scila y tropezó en Caribdis. Llegó á su casa, entró aburrido en su cuarto, y se tumbó en seguida en la cama, pero no para encontrar reposo. No era de mal sino para Ambrosio solamente aquel día; también estaba de be-

neficio su posadera. Doña Apolonia estaba llevada de Judas con un ataque furioso de muelas, y en la desesperación de su poco paciente ánimo, metíase con todo el mundo; porque su torcida condición creía que viendo rabiar á los demás, mitigábanse los padecimientos de ella.

—¡Le parece á V. señorito,—dijo entrando en el cuarto de Ambrosio bruscamente,—que es ésta hora de retirarse? ¡En una casa de orden, como es la mía, gracias á la Divina protección, se habrá figurado V., calavera, perdido, que yo, mujer formal, he de aguantar las impertinencias de V.? Así Dios me salve, como es cierto que si no se enmienda V., le pongo á la hora menos pensada de patitas en la calle. Por Santa Apolonia bendita le juro que de mis canas no se burla V... ni nadie. ¡Habrás visto mozalvete?... Gasta y triunfa, no estudia y molesta, pero pagar... Dios guarde á V. muchos años... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Cómo están los tiempos!... ¡Qué ge-

neración se prepara!... ¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento!...

Doña Apolonia hubiese continuado con su cháchara impertinente á pesar de lo avanzado de la hora, si Ambrosio, cansado de la insustancial amonestación, dicha con voz gangosa y antipática, no volviese á hablar ya fuera de sí, poniendo de vuelta y media á doña Apolonia.

—¡Vieja fea!... ¡chismosa insustancial!... ¡alma de Judas!... ¡usurera sin conciencia!... ¿querrá V. callarse con veinticinco mil pares de demonios, antes que me sulfure de veras y haga con usted una barrabasada?... Si vuelve V. con sus letanías de beata y sus trapisondas y embustes y bellaquerías, pongo en conocimiento de V. que ha de acordarse de mí...

Al llegar á este punto, sí que se le fué la lengua á la posadera, y dijo en pocos minutos toda una sarta de disparates, de insultos y de groserías; tanto, que Ambrosio tuvo ya en el aire una silla, que quizás hubiese descalabrado su cabeza,

si ella no apeláse inmediatamente á la fuga dando grandes gritos, en que invocaba, por no perder la costumbre, á santos y santas, vírgenes, apóstoles y mártires, con lo que despertó á todos los huéspedes y á buen número de vecinos.

Habían dado las dos, cuando bajaba Ambrosio los escalones de aquella casa, jurando y perjurando que en su vida volvería á poner en ella los piés.

Como á tan avanzada hora de la noche no había Ambrosio de buscar habitación, hubo de pasarla en vela enterita. Dió en la alameda algunas vueltas, subió ansiando refrescar su cabeza, y calentar sus piés al paseo de Bóveda, llamado también de la Herradura y Buena-Vista, y al poco rato, tranquilo ya, bien que no contento, se internó otra vez en el pueblo, y se perdió en extraviados callejones, donde ni los serenos siquiera le siguieron la pista...

Serían las ocho de la mañana del día siguiente, cuando apareció Ambrosio en casa de su buen amigo Dionisio Torres.

Enteróle de la posaderil aventura acaecida la víspera, y de lo gravemente disgustado que le tenían sus apuros económicos. Ambrosio debía el diario de mes y medio, más ocho duros importe de un préstamo y sus réditos á su ex-posadera, lo cual sabíale á cuerno quemado; al sastre el importe de un traje, que ya tenía á medio estropear; duro y medio en el estanco, y veinticuatro reales á Pedro Mata.

Dionisio le tranquilizó, proponiéndole que con veinte reales, máximo que le podía adelantar, se desquitase en la banca aquella noche. Y Ambrosio aceptó con mil amores la proposición y el dinero.

Después le excitó Dionisio á que se quedase en aquella casa, conocida por *hospedaje de Pérez*, según rezaba un inmenso letrero pintado sobre la puerta de la calle, y Ambrosio también aceptó esta proposición de Dionisio.

.....

Representaba la casa hospedaje de

Pérez, grado intermedio entre posada y fonda; dábanle honores de tal, el ir y venir continuo de gentes, el ruido que esto ocasionaba, y además ciertos detalles, como el comer en mesa redonda; por lo demás, no faltaban allí incomodidades de que muchas posadas carecen.

Las habitaciones en casa de Pérez, eran grandes y destartaladas; no había pasillos; de suerte que por unas habitaciones se pasaba á las otras; lo cual daba á la casa trazas de hospital é imprimía á la vida que en ella se llevaba, sello comunista.

Los militares destinados á la reserva, los estudiantes menos dados á la ciencia, los pufistas, toda una caterva de gentes con sobra de buen humor y falta de trabajos y fatigas, se daban cita en la casa-hospedaje de Pérez.

A pesar de lo preocupado que, no sin razón, tenían sus infortunios á Ambrosio, se sonrió ante la seductora perspectiva de la vida de aquella casa. A mayor abundamiento, Dionisio le pintó con vi-

vos colores las ventajas de esta, poniéndole al tanto de curiosos pormenores que merecen saberse, y que así transcribo, según fueron contados por el veraz Dionisio.





X.

Aquí te divertirás, Ambrosio, no lo dudes, así que pongas fin á tu mala situación económica, y olvides preocupaciones que son indignas de tí.

Tenemos en casa estos días un tipo delicioso; lugués y lugareño, pensarás que es chocante por lo montaraz... pues te equivocas. Por ningún concepto llamaría la atención, hombre vulgar y corriente, si no fuera por sus poéticas aficiones; por esto la llama en cualquier parte y mueve á risa á los más serios... poniéndose en ridículo. La nota saliente de su *chifladura*, que trasciende á toda su vida, modelo de vidas desarregladas, es el afán de la declamación, que le da,

áun en el hablar ordinario, maneras teatrales y tono de voz presuntuoso. Hasta tal punto blasona de lo brillante de su estro, que gusta de improvisar en ciertos momentos lúcidos... momentos que suelen repetirse con grandísima frecuencia; por lo general después de tomar café y copita, pues cualquier bebida inmediatamente le impresiona, de tan inocente manera.

No era menos célebre por cierto que el poeta... frustrado, cierto andaluz trapisondista que se marchó hace pocos días, no sin burlarse antes del lugués con buenísima sombra. Se las daba el andaluz de hombre de tono, con lo principalito de su tierra emparentado, de riquísimo y de discreto; sin que fuesen sus fanfarronerías burda hojarasca, puesto que por el contrario, ocultaban de tal modo su condición, que todos nos dimos por muy honrados con su amistad.

El desengaño en cambio fué solemnísimos, porque á ninguno dejó de llevar algo, y mucho á algunos. Por ejemplo, al

patrón á quien no abonó un solo céntimo, después de disfrutar mes y medio el mejor cuarto de la casa.

Como por linterna mágica sombras, desfilan por esta casa tipos célebres. Hasta dejarlo de sobra lo era un sujeto que marchó ayer, y á la francesa por cierto; se picaba por todo; en todo veía desprecios; no dormía pensando en que le querían asesinar, y si por acaso se dormía, lo soñaba. Tenía temperamento de gato montés, pero era gato sin uñas; lo cual daba chiste singular á sus atufamientos.

En punto á originalidades, te digo Ambrosio que son incomparables las que se ven aquí, y en cuanto á buenos ratos no creo que en parte ninguna tanto abunden.

¡Y qué conciertos improvisamos los tres militares y yo por las noches! Uno toca la flauta, la guitarra otro, y otro canta y yo también. ¡Toma, si no fuera por todo esto, llevado de Judas andaría yo desde que tus enamoramientos

y los de Pedro han quebrantado nuestra unión!...

Aquí te advierto que sólo falta Ambrosio Trucha para lograr nuestros propósitos, que según la patrona, consisten en convertir su casa en torre de Babel. Pero sábetelo que esto no lo dice ásperamente como otra Doña Apolonia, lo dice en broma y riendo, más contenta á medida que crece en su casa el ruido y la alegría. Es una mujer especial; no pone ceño nunca... ni lo puso el día del petardo del andaluz. Lo ve todo de color de rosa; es la única posadera optimista que he conocido. Su hija es otra que tal. Hace pocos días organizamos en el salón un bailecito, y ella y tres costureritas morenas de la Rua de San Pedro, amigas suyas, bailaron como unas descosidas y se divirtieron hasta no poder más.





XI.

AMBROSIO Trucha, como le llamaban sus compañeros, se acercó al tapete verde aquella noche. Sin vacilaciones, sin sacudidas interiores, sin movimientos nerviosos que acallar, en dura lucha consigo mismo, como tantos y tantos que profundamente conmovidos, aunque afectando indiferencia jugaban su porvenir y el porvenir de sus familias, tranquilo, sereno, hombre al cabo decidido y sin atenciones, Ambrosio adelantó un duro diciendo:

—*Voy á la sota.*—Y salió la sota, y Ambrosio siguió *apuntando*, y la suerte continuó favoreciéndole. Una, que hacen dos; dos, que hacen cuatro; cuatro, que hacen ocho; ocho, que hacen diez y seis;

diez y seis, que hacen treinta y dos, y así en progresión ascendente... váyase sumando.

Lo que sucedió aquella noche acaeció la siguiente, y la otra, y las demás. Estaba probado: Ambrosio era el niño mimado de la fortuna, el asombro de los jugadores, el terror de los banqueros. Si alguna vez le hacía temer una racha contraria que producía un movimiento de inquietud general, y daba remota pero risueña esperanza al banquero, bien pronto volvía á ganar y ganar, hasta que el banquero quedaba tronado y el juego concluía.....

Los dineros del juego participan de la condición de los dineros del sacristán, que cantando se vienen y cantando se van. Y sucedióle á Ambrosio tres cuartos de lo mismo que á la generalidad de los jugadores, que gastan alegremente lo que el juego les produce; lo cual sucedió en perjuicio de su salud y de su fama, porque sus calaverescas aventuras

fueron en aumento. No eran ya las picardihuelas de baja estofa con que en barrios apartados, él y sus compañeros, medio peneques, hacían rabiarse á serenos, armando trifulcas con horterillas, eran, ora los convites en cafés, donde circulaba por todo lo alto el dinero y abundaban los vinos y no faltaban los licores, resultado de lo cual se ponían los concurrentes peneques por entero; ora la animada gira campestre, para la que servía de pretexto cualquier feria ó romería que se celebrase en los contornos.

Es excusado decir, que el número de acompañantes de Ambrosio aumentaba cada día. A la riqueza siempre le sobran cortesanos. Y como Ambrosio era un mani-rotó, á nadie rechazaba. Censurable era, sin duda, este defecto de Ambrosio; no tanto, sin embargo, como lo fuera el contrario, que cuadra muy mal en los pocos años, precoz roñosería.

Si la suerte de Ambrosio en el juego no fuese constante, hubiera habido siquiera intermedios que aumentasen los

goces de aquellos placeres, y que les quitasen su lado peligroso. En la edad juvenil es preciso alguna vez la expansión, siempre bien ordenada y dirigida, á guisa de válvula de seguridad; pero el abuso de las fuerzas primaverales de la vida, cuando están en la última etapa de su desarrollo, en el periodo crítico de la adolescencia, cede en detrimento de las reglas de la higiene y de los preceptos de la moral, que guardan con aquellas reglas consonancia.

Ambrosio, que solía disfrutar salud excelente, aunque su desarrollo no había sido grande, y á pesar de que su exterior no aparentaba excesiva robustez, sintió desde entonces desganas, empobrecimiento de sangre, y aún á las veces mal-estar general, resultado lógico de la disipación de su vivir, de la carencia absoluta de método, concierto y orden.





XII.

LA amistad que dedicaba Felisa á su pretendiente, era, en opinión del desengañado Ambrosio, negación la más rotunda del amor, y forma la más odiosa de darle solemnes calabazas. Podía Ambrosio repetir el dicho de Enrique Heine: «unas mujeres me aborrecieron, otras me amaron; la que más daño me hizo, nunca sintió por mí amor ni odio.» Los motivos, sin embargo, de Ambrosio, al decir esto, discrepan bastante de los de Enrique Heine. Ambrosio no era víctima de ese sentimiento purísimo que causa honda mella en el alma, y que se llama amor, sino de reprochable vanidad. Ninguna

mujer había resistido sus galanteos; sus galanteos coincidieron siempre con sus victorias. Era acaso que no se había arriesgado á luchas difíciles; sucumbir en aquella en que había puesto toda su alma, era, sin duda, duro golpe.

Moralmente quebrantado, comprendió Ambrosio que su retirada era indispensable, si no quería acibarar el grave disgusto á que servía de contrapeso su improvisada riqueza. Pero retirarse repentinamente parecióle poco oportuno y menos hábil, por lo que decidió continuar yendo de tarde en tarde. Por de pronto, dejó de ir sistemáticamente por las noches, alegando ocupaciones para dar color á su infundada ausencia. Así como así, aquella era la hora más propia para juntarse con la caterva de muchachos que le seguían en el café á rendir sacrificios al dios Baco, que por lo general, no dejaba de lograr algún prosélito. Esta buena coyuntura se le ofrecía para entretener el tiempo sin que le atormentasen, á no ser por caso raro y en horas de

aburrimiento, recuerdos graños de la tertulia de la Rua de San Pedro.....

.....
Pasados varios días, fué una tarde Ambrosio á la tienda... y no encontró á Felisa, quejosa por su ausencia injustificable.

Ambrosio se detuvo aquella tarde más tiempo que ninguna noche. Felisa tenía gana de conversación. Contar todo lo que hablaron, sería tarea tediosa. Sólo diré que Felisa contó á Ambrosio, que la más morena de las costureritas, que era también la más joven y la menos graciosa, se había echado un novio menos gracioso que ella, y era cuanto se podía encarecer, pero en cambio, más viejo. Amén de todo lo cual, tenía cara de *poco bueno*, y era sumamente desgarbado. Palabras textuales de Felisa, que no se inspiraba en envidia de sus vecinas, que ni sentía ni tenía por qué sentir, sino que eran la mismísima verdad.

Momentos antes de dejar á Felisa Ambrosio, entró á comprar dos cuartos de

pimentón una viejecilla arrugada, que dijo á la hija de la señora Teresa maliciosamente:

—Señora Felisa, que sea enhorabuena...

—¿Por qué? —respondióle ella sin ponerse colorada, aunque comprendió la intención de la vieja.

—Toma, y todavíalo pregunta, —añadió ésta, clavando en Ambrosio su mirada, y no sin que éste, comprendiendo el sentir de la vieja, se pusiese, á pesar suyo, más colorado que un tomate.

Momentos después iba calle abajo la vieja murmurando: «No hay duda... es cosa hecha» (lo que luego contó á toda la vecindad); y al mismo tiempo, Ambrosio, no sin zozobra, se despedía de la madre y de la hija hasta cualquier día, aunque formando secretos propósitos de no volver más.

Al marcharse, tres casas más abajo de la que dejaba... para siempre, encontró Ambrosio á las tres morenitas que iban calle arriba en dirección á su casa.

Poco más allá se encontró á Pedro Mata y áun habló con él algunos momentos; pero sin reparar en que Pedro, mientras hablaba con él, miraba impaciente hacia adelante, y sin poder ver, por la posición en que estaba, á la menor de las costureras, que por volver la cabeza iba dando encontronazos con los transeuntes. Pedro Mata era el novio de la costurera menor, descrito con tanta gracia y exactitud por Felisa.







XIII.

EL Excmo. Sr. D. Eleuterio Moreno de Anzules era hijo de la provincia de la Coruña y de una familia oscura, pero que tenía el mejor título para optar á la estimación de las gentes: era honrada.

Si la honradez de aquellos padres, sacrificándose en su pobreza para dar ventajosa carrera y lucido porvenir á su hijo era admirable espectáculo, elogio bellísimo de la familia cristiana, la conducta de aquel hijo fué feísimo modelo de ingratitud.

Eleuterio, que olvidó bien pronto las primeras enseñanzas de su madre, que olvidó á su madre misma, tan digna como

era de constante recuerdo, dióse trazas admirables, así que acabó su carrera, para abrirse camino por medio de lo que llama *política* el siglo XIX.

Entró en Madrid en la redacción de un periódico avanzadísimo, donde hizo fortuna con sus intemperancias. Declamó allí por su cuenta, contra toda gerarquía divina y humana, é insultó á quien le pareció conveniente, y parecióle conveniente, sobre todo, insultar al sentido común y escarnecer al sentimiento moral. Era lógico; aumentó como por encanto la circulación del periódico, y se hizo célebre por las impugnaciones de los unos y por los desmedidos elogios de los otros. Merecían periódico y periodista que nadie les hiciese más caso que la luna al ladrar de los perros, puesto que su propósito no era otro que llamar la atención, meter ruido, lograr, en fin, un éxito de escándalo, como se dice entre franceses. Por este éxito, miserable plato de lentejas, habían vendido su conciencia los autores de aquel periódico,

libelo contra los principios cardinales de la moral verdadera y del legítimo bienestar social; poco les importaba la protesta de la honradez, ó mejor dicho, les interesaba y convenía esa protesta; por eso no debía hacerse: el silencio hubiese formado á su alrededor el vacío.

Eleuterio Moreno tenía talento é ingenio para sobresalir entre las reputaciones de talco, y aunque no hubiese depuesto los derechos de su conciencia, al fin libre pensador ante los derechos del pueblo, para lograr por medio de la ridícula farsa, los favores del aura popular, hubiese llegado á sobresalir. De carácter torcido y fondo atrabiliario, ponía en sus escritos toda la hiel de su alma; ninguno como él para la polémica: su habilidad sabía herir al adversario; su condición sabía aplicar á la herida diatribas é insultos... para que no cauterizase.

Que Eleuterio Moreno de Anzules, director muy pronto del consabido diario democrático, el de matiz más rabioso de cuantos se publicaban, había de impo-

nerse entre los suyos y hacer carrera muy pronto en la política, era lo lógico, dado que en esta política moderna no por otros caminos se asciende. Por supuesto, que á medida que ascendió, fueron moderándose sus democráticos apasionamientos, y templándose sus ideas. Naturalmente; como que abrigaba proyectos de llegar á ser hombre de gobierno. Y lo fué: escaló primero una Dirección y ascendió después á un Ministerio. Su vida ministerial fué corta; porque eran muchos los que aspiraban á las ministeriales gangas, y á la codiciada cesantía, y era preciso dejarles el puesto.

Una cosa merece saberse: Don Eleuterio Moreno de Anzules, desde aquella época excelentísimo señor, fué Ministro responsable en una irresponsable Monarquía... ¡Él, demócrata antes hasta la médula de los huesos!

Panem nostrum quotidianum.

Debo afirmar, para que la malicia no vea en cuanto voy diciendo embozadas

alusiones, que no me refiero á ninguno en particular, sino á muchos en general. Y éstos, si por ventura se conocen en el retrato, que no se ofendan aunque resulten poco *favorecidos*.

«Arrojar la cara importa
Que el espejo no hay por qué.»

como dijo Quevedo.

Todos los pícaros tienen fortuna; y Eleuterio, pícaro consumado, fué como era lógico afortunadísimo. Como que se casó con la hija única de un principal banquero; muchacha riquísima, y que para ser tan rica no espantaba por lo fea. Los codiciosos que no lo sean hasta el punto de dejar de ser honrados, y que esto lean, no entren en tentaciones de ser pícaros, ni menos comiencen á serlo; se encontrarían doblemente chasqueados. Lo digo por si algún tonto, que no es imposible, coje este libro en sus manos; no quiero para mí la responsabilidad de su tontería.

De poco valieron á Don Eleuterio los

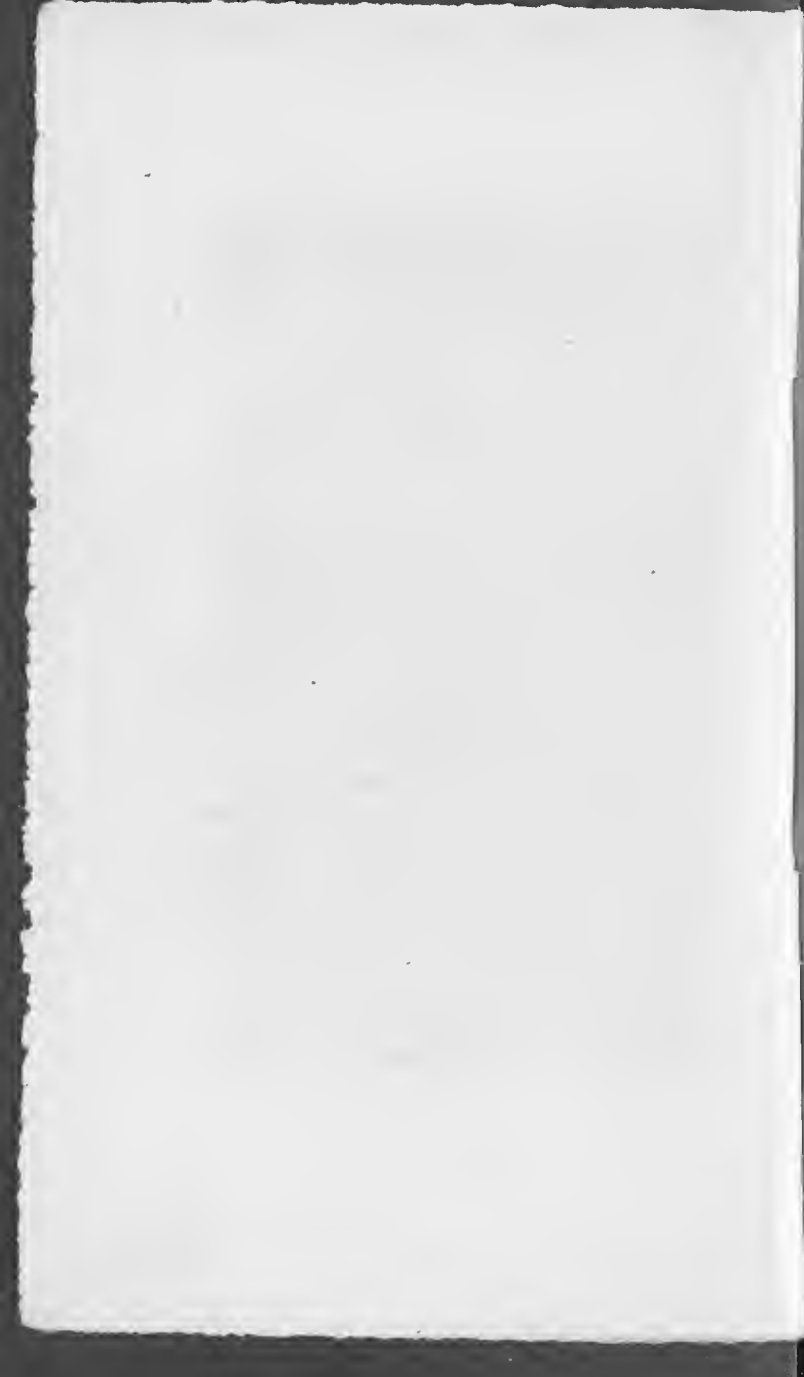
millones que aportó al matrimonio su consorte, pues llegó á verse sin un cuarto merced al juego de bolsa; juego en que se estrellan las ambiciones de muchos que se dejan arrastrar por ciega codicia.

Y cuando le acaeció tamaña desgracia, hallábase su partido alejado del poder, y tenía que satisfacer el ex-ministro las exigencias de su cara costilla y que atender á sus gastadoras hijas, que ya en sazón, aspiraban á conquistar novio. Su existencia en Madrid con lujo era imposible, y difícil sin lujo. ¿Cómo avenirse su mujer, sus hijas y áun él á oscurecerse? Acostumbrados á tener magníficos trenes, hermosos caballos de las mejores razas, el lujo, en fin, oriental, lleno de refinamientos, que denota en las capitales modernas el estado de decadencia de la sociedad actual, ¿cómo podían abandonar aquel medio fastuoso de vida, y seguir viviendo en Madrid, en una casa humilde, sin trenes ni boato? Lo que decidieron, considerando todo esto, fué de-

cir públicamente que salían á viajar, hacer sus visitas de despedida, y luego irse á vivir económicamente en cualquier pueblo de provincia. Y como él tuviese algunas fincas de la herencia de su padre en el partido judicial de Santiago, provincia de la Coruña, decidieron retirarse á población tan económica, librándose así de impertinencias de acreedores, y esperando mejores días; vendería él la herencia de sus padres y harían frente á las necesidades de la vida, hasta que llegase el deseado día del triunfo político.

Semejante medida causóles gran disgusto, y costóles su realización superior esfuerzo. Ni fué menor el pesar de sus hijas, sobre todo el de la mayor, que era un portento de presunción, y que tenía media docena de pretendientes, no perseguidores de la belleza, que le faltaba por completo, sino de la riqueza supuesta. La menor, más agraciada de físico, era lo que aquella no, sumamente delicada.







XIV.

DESDE que Ambrosio *Trucha* comenzó á figurar en grande escala por lo flamante de su vida, todo el mundo se ocupaba en sus cosas, y en todas partes se citaba su nombre. En casinos, en cafés, en tertulias, en sacristías y tugurios.

Concitó esto en contra suya envidias y murmuraciones entre ciertos caballeritos, que le pusieron de mote el *indianete*, y así le llamaban, pero *sotto voce*, por supuesto; calificábanle de advenedizo grosero, de ricachón improvisado y sin principios. Lo decían quizás algunos, porque suyos habían sido los dineros que Ambrosio despachaba, que era un con-

tento de Dios: decíanlo otros, porque no podían ver con buenos ojos que Ambrosio, con su aire burlón y sus apariencias de personaje en ciernes, y amén de esto, con sus grandes simpatías entre la gente escolar, y sus numerosos triunfos entre toda clase de gente femenil, figurase en el pueblo más que ninguno. Más trucha Ambrosio que todos ellos, no hacían á su lado otro papel que el de la carabina de Ambrosio.

Pero los que más rabiaban, y pateaban y murmuraban, eran la media docena de *pollos* insustanciales, muy poseidos de su elegancia y presumidos de su distinción, de esos que no tienen otro oficio ni beneficio que figurar en todas partes y siempre los primeros. ¿Cómo no había de llevarles Pateta? Y cuenta que ésta media docena, echando corto, de mozalvetes indigestos, presuntuosos y vanos, siempre atrevidos, con el atrevimiento que presta la ignorancia, siempre en punta de caramelo, blasonando á todas horas de personas de peso, valer y distinción,

fáltame todavía por ver el pueblo que no los tenga.

Ambrosio, por dar á tales rivales en cara, y por emplearse en alguna arriesgada y difícil empresa que estuviera á la altura de su riqueza y boato por aquellos días, comenzó á enamorar á la hija menor del Excmo. Sr. D. Eleuterio Moreno de Anzules. Alegráronse no poco sus enemigos, con la esperanza, que daban por segura, de que las pretensiones del novel y mal aconsejado estudiante se estrellarían, logrando él su descrédito, en el desdén de tan alta y principal señorita. Y por su parte, Ambrosio *Trucha* comprendió la importancia de aquel caso en que *jugaba* el todo por el todo; así como así, probado estaba que por entonces el juego era cimiento y base de su superabundante prosperidad. Porque fuera el suceso que le preocupaba adverso ó próspero, había de ser sonado: si adverso, daría en tierra con su fama de galanteador afortunado, y con la boga y principalidad que alcanzaba como mozo

para amorosas lides espabilado y dispuesto; si próspero, pondría más de resalto estas condiciones, y aún daría garantía de buen resultado en lo futuro al éxito de sus empresas. Creyó Ambrosio llegado el oportuno momento de librar batalla decisiva. Si al discurrir sobre ella notaba dificultades y peligros, abandonando bien pronto los discursos de la mente, entregábase á las decisiones de su voluntad.

Los hombres de acción no siguen el camino de vacilaciones y perplejidades que su razón les aconseje; déjanse guiar por superiores intuiciones del alma, que experta, sabe escoger la hora y el momento propios para realizar sus decisiones.

Si llegaban á realidades las esperanzas y los deseos que alentaban á Ambrosio, no sé qué le serviría de mayor contento: si el triunfo amoroso ó la derrota de las mezquinas rivalidades que le sugerían mal fundadas envidias.



XV.

HABÍA en Antoñita, hija segunda del Excmo. Sr. D. Eleuterio Moreno de Anzules, un motivo poderoso para que llamase la atención: ser hija de su padre; ¡que tanto influye en la consideración que disfrutan los hijos, la condición de que gozan los padres!

Ni en Antoñita, ni en su hermana, había, por lo demás, cosa que pudiera llamar la atención fuera de lo dicho. Y varios, sin embargo, aprestábanse á poner los puntos á Antoñita. Su hermana estaba ya pedida, y la boda acordada para el año siguiente... era un ventajoso arreglo de familia.

No fué obstáculo para que pululasen aspirantes á la blanca mano de Antoñita, la noticia, que trascendió al público bien pronto, del estado ruinoso en que la familia se hallaba; ni siquiera la nueva de que Antoñita dejaba en Madrid un novio, título moderno de Castilla, que ponía gran empeño en pescar, inconsecuente con sus principios, caso asaz común, su demócrata padre.

En realidad, Antoñita valía poco; las cualidades de su espíritu estaban á la altura, punto más ó menos, de su físico, que no era ni siquiera agraciado. Lo cual no quiere decir que fuese mala; tampoco se podía decir que fuese fea. Como se dice ahora, por cualquier modo que se la mirase no era ni *fa ni fo*. No había defecto físico, ni aún falta de proporción en sus facciones, y sus facciones, sin embargo, no valían dos cuartos; de su cuerpo, que no era excesivamente grande ni chico en demasía, podía decirse otro tanto.

Abandonada la inteligencia de Antoñita á sí misma, sin la dirección ordena-

da de una buena educación, de suyo poco poderosa, no había adquirido desarrollo; no proyectaba, pues, sobre su voluntad, luz que la guiase; así que, engañada por los delirios de la imaginación, facultad en ella exuberante, había cedido el lugar, el legítimo y bien ordenado sentir, á un sentimentalismo ridículo y vano. Y así habíase viciado el fondo, que en realidad era bueno, de aquella pobre niña.

¡Y qué común es, por desgracia, en nuestra época, que blasona de tan culta, hallar entre mujeres de condición bondadosa, múltiples casos de este estrabismo moral, culpa de la moderna educación que sólo se para en exterioridades! No en cubrir las apariencias sociales, ni en lograr un general barniz de ilustración consiste la educación verdadera: debe ser fin á que se encamine ésta, lograr la armonía entre las facultades, dar fijeza, y consistencia, y estabilidad á los caracteres

.
Los señores de Moreno de Anzules vi-

vieron en Santiago, en la famosa Rua del Villar, calle que tendría aspecto verdaderamente santiagués, ó lo que es igual, esencialmente antiguo, si no fuese por algunos comercios de modernas elegantes instalaciones, y por la reciente construcción de algunos regulares y uniformes edificios. A todos les pareció la nombrada Rua fea y rara; sólo D. Eleuterio halló singular complacencia en pasear bajo aquellos viejos y desiguales arcos, que traían á su memoria el recuerdo, siempre halagador, de los días de su mocedad.

La Rua del Villar fué, pues, el teatro de los triunfos de Ambrosio; porque desde luego le hizo caso Antoñita, abandonándose á sus impresiones, más ligera de lo conveniente.

Y no fué sólo *tonteo* de pocos días, debido á impresión fugaz ó á deseo, según sospechaban los enemigos de Ambrosio, de burlarse de él: fué que le interesó aquel muchacho de rostro agraciado y aire simpático y resuelto.

Sentada en su cuarto, al lado del balcón, solía leer Antoñita ameno libro, no sin suspender á menudo, en cuanto Ambrosio aparecía, para corresponder con sus miradas á las miradas del galán, según precepto que imponen las leyes del coqueteo. Y así todas las mañanas, y de la propia suerte muchas tardes. Las despejadas y claras salían por lo general la madre y las hijas á pasear por cualquier carretera. Solían vestir igual las dos hermanas, trages casi siempre elegantes. Llevaban una y otra bien entallada la cintura, demasiado delgada sí, pero ajustándose á la moda, de que es esclava la mujer en grado superior al hombre; sombreros de fieltro forrados de seda y adornados con plumas de matices vivos, y en la enguantada mano, á guisa de bastón y con movimiento airoso, altas y elegantes sombrillas.

A las tres Marías seguía en sus paseos, á respetable distancia, el *enamorado* galán, á quien á hurtadillas de su madre, y poniéndose en inminente peligro de des-

cubrir su afición, daba Antoñita públicas muestras de su afecto.

Contrastaban con éstas los desdenes y desprecios con que contestaba á las demandas de amor de los señoritos empedregados y presumidos, que no habían soñado siquiera que pudiese Antoñita darles calabazas.

Entonces sí que rabiaban de veras y murmuraban de verdad estos tales ante los triunfos de Ambrosio *Trucha*. Tomaba á guasa éste, con bien entendida filosofía, los extremos de sus rivales, y aveníase á reconocer en ellos un derecho superior: el derecho del pataleo.





XVI.

FELISA extrañó y sintió que Ambrosio pusiese término á su relación amistosa, cada vez más cordial, de manera descortés y brusca. La presencia de Ambrosio en la tienda servíale de agradable pasatiempo, y daba á su velada grata variedad.

Lista y discreta, como pocas, Felisa comprendía la extensión del ingenio de Ambrosio, y gustaba de ejercitar el suyo departiendo con él.

Nacida Felisa en medio de vida vulgar, distaba mucho de serlo; y tan alto y limpio como la discreción, brillaba en ella el sentimiento; partes y prendas tan excelentes eran las que adornaban su alma, que nada desmerecerían puestas en

persona de elevada posición y cuna ilustre.

Con la finura de su perfección naturalmente sutil—puesto que el pulimento de la instrucción nada había hecho,—notó desde luego en Ambrosio condiciones de sagacidad en la inteligencia y de bondad en el corazón, por todo extremo recomendables y atendibles. Y Felisa, que lo que aprendió de labios de la forastera Doña Ursula, tuvo ocasión de comprobarlo con sus atinadas observaciones, interesada por muchacho tan simpático, propúsose que su amistad le sirviese de correctivo, que en algo, y aún en algos, necesitaba. Porque como ella pensaba juiciosamente, era lástima grande que alejado Ambrosio de la buena senda, á pesar de su innata excelente condición, por obra y gracia primero de la desidia de sus padres, por culpa después de las malas compañías que le obligaban á perder el tiempo ó gastar en vano su actividad, y á no ahorrar sus cuartos, con disipada vida, no entrase en otros caminos y no contrajese otros há-

bitos, todo lo cual redundaría en su honra y provecho.

Distaba mucho de ser la disipación de Ambrosio la del hombre perdido, la del empedernido calavera: era el resultado lógico y natural de su ligereza, de la condescendencia que usaba con compañeros y amigos, que nunca lograrían engañarle con sofismas dirigidos á su despierta inteligencia, que fácilmente le movían con atractivos que interesasen su corazón bondadoso.

Ambrosio no echaba de ver que sus habituales ligerezas cedían en perjuicio de su crédito, porque la chismografía, falta más grave y fea que todas las cometidas por Ambrosio, se encargaba de amañarle, por lo mismo que no era merecedor de ella, toda una fama de pillo y calavera que no había por donde cogerle... ¡La misma chismografía que daba patentes de santos varones á tantos y tantos bribonazos insignes, que no habría realmente por donde coger! ¡Cosas del mundo!

¡Qué encontradas eran las miras de Felisa y Ambrosio en su mútua amistad! Movía á éste su vanidad de galanteador afortunado, su deseo de contar con un triunfo más—y de cuantía—que unir á los muchos que por su ventura llevaba logrados.

Felisa no prescindía de sí en absoluto al dedicar su buena y franca amistad al simpático estudiante, bien que ella juzgase ilusoriamente lo contrario, pues encontraba en Ambrosio condiciones que le agradaban; Felisa se proponía, al cultivar su amistad, corregirle, enmendarle, obligarle á seguir otros caminos que los que le trazaban sus aficiones y resabios de aventurero; pero ¿de qué nacía este afán y este interés sino de simpatía secreta?

Felisa se figuró que no eran difíciles de conseguir sus proyectos, como que Ambrosio en el fondo era bueno: lo que hay de esencial y permanente en el alma, lo que no cambia, ni varía, ni muda, y á la corta ó á la larga prevalece sobre lo

que puedan influir las circunstancias, era inmejorable en Ambrosio; el empeño de Felisa, pues, consistía en contrarrestar las malas influencias de malos compañeros.

Mucho se engañaba Felisa al pensar que era fácil tarea lo que se proponía, y es que sobre este asunto no discurría con la serenidad de juicio y el aplomo en ella característicos.

Indudablemente, en el fondo era bueno Ambrosio; en esta primera observación no se engañaba; pero es la costumbre segunda naturaleza, y de este dato prescindía la joven en sus razonamientos. Lo que sí sucedería al tocar en la realidad Ambrosio tristes desengaños, podía asegurarse que no había de suceder por los consejos de mujer ninguna, así fuese la que los prestase la más dispuesta de las mujeres para dar consejos y enseñanzas.

De cualquier modo, ello es que Felisa sintió mucho la decepción de Ambrosio. El coincidir las locuras y bromas en que

apenas se daba éste punto de reposo con su estudiado alejamiento, convenció á Felisa de que ella era causa de semejante conducta, por la indiferencia con que había respondido un día y otro á las reiteradas pretensiones amorosas del joven estudiante.

Felisa, que le estimaba, que le consideraba, que correspondía, en fin, á su amistad con amistad sincera, había rechazado aquel amor desde el primer momento; y si un germen de amor que no fuese de amistad sintió nacer en el fondo de su alma, dedicó su esfuerzo á ahogar aquel germen, según procedía en mujer tan sensata, tratándose de un amor que juzgaba inconveniente. Por otra parte, la rectitud de su alma no se avenía con esas falsificaciones del amor que encubren como tal vano coqueteo. "

Era demasiado seria y formal Felisa para engañar á nadie, y en aquel caso menos que en ninguno, hubiese correspondido á los galanteos de Ambrosio con amor de mentirijillas. Hubiérase puesto

al nivel de sus vecinas, coquetuelas vulgares.

En medio de todo, el amor propio de Felisa no podía menos de experimentar íntima satisfacción, al ver que joven tan afortunado en amorosas empresas, tan selecto en escoger las más hermosas mujeres para lograr el placer de rendirlas y aumentar su fama de Tenorio, la buscase á ella en su ignorado escondrijo, y un día y otro la persiguiese, hasta que al comprender lo imposible de aquel triunfo, se arrojaba desesperanzado á ahogar en un torbellino de placeres el recuerdo de su derrota. Bien que por otra parte aquello mismo, que no podía menos de halagarla, era muy principal motivo de que más y más se confirmase su decisión de no prestar oídos á las pretensiones del novel y afortunado Tenorio.

¿Cómo hacer caso muchacha tan discreta, y en verdad que pocas á los veintiún años lo serán tanto, á joven que apenas contaba diez y ocho, lleno siem-

pre de pensamientos varios, actor siempre en distintas empresas amatorias? Tal cosa habría de desdecir de su modo de sér, y aunque sus obras no pusieran patente que fué desde el primer momento contraria á las pretensiones de Ambrosio, fuerza sería afirmarlo, pues su carácter de otra suerte se falsearía. La misión de Felisa era ofrecer alto ejemplo al que, bueno en el fondo, había encontrado en el mundo frivolidad que le sirviese de pasatiempo, no procederes elevados que despertasen los bellos sentimientos que atesoraba su corazón.

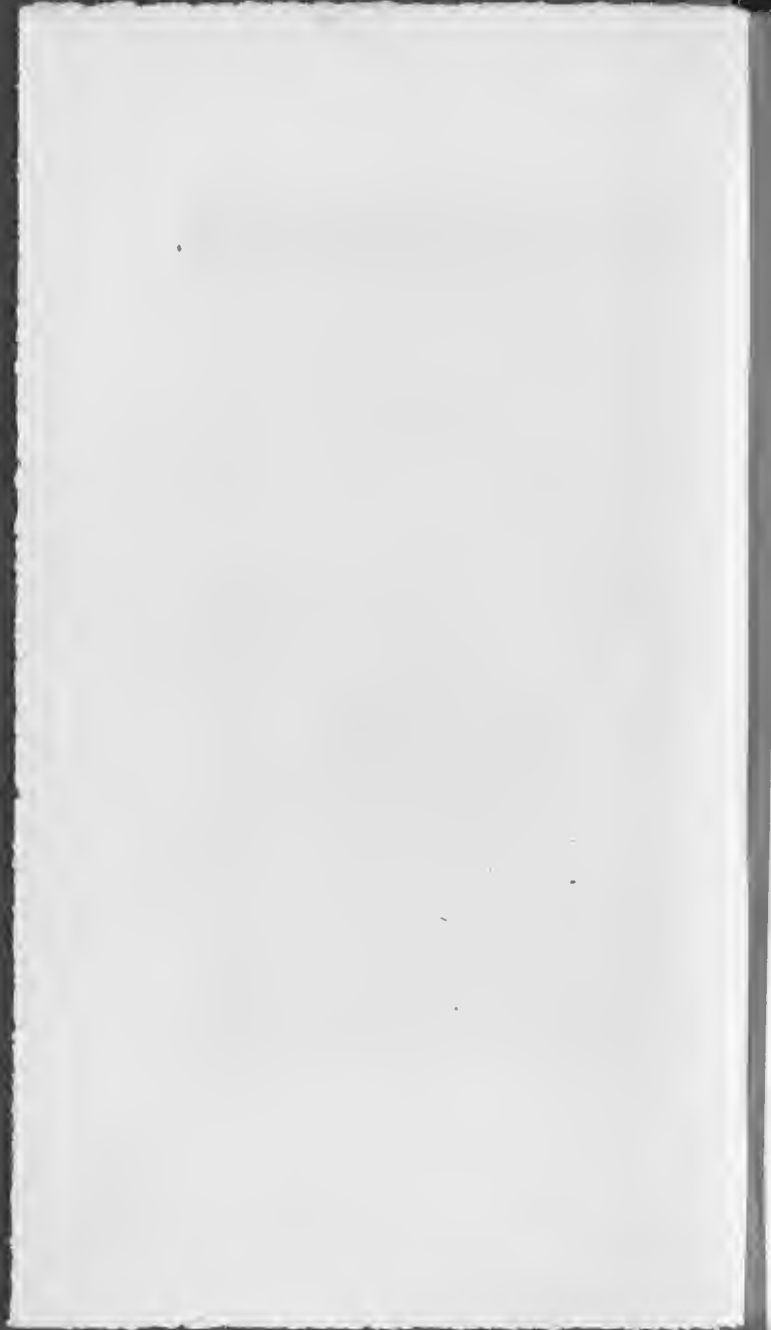
.....

Enterada también de la vida que llevaba Ambrosio al presente, y de los engaños sufridos por las que fueron sus novias en el tiempo pasado, mostróse deseosa la señora Teresa de que no volviese á su casa en lo porvenir. Y así se lo dijo á Felisa; ésta disculpó al joven, aunque sin mostrar gran empeño; y la buena madre insistió, no sé si maliciándose al oír la velada defensa, en que no

III

era *buen*a cabeza la de Ambrosio, por lo cual, con su compañía, no perdían nada. Si hubiese llegado á vacilar Felisa, bastara para detenerla en sus propósitos lo dicho por su madre, que siempre ansió tan buena hija atemperar al pensar de su madre, el obrar suyo. La señora Teresa era para Felisa más que una madre: era un oráculo.







XVII.

AUNQUE varió de modo de vivir y se encontró de la noche á la mañana con abundante y próspera fortuna, no se engrió Ambrosio poco ni mucho, ni perdió la naturalidad y franqueza que siempre le captaron generales simpatías. Todo lo contrario. Ni siquiera le dió por vestir elegante, por usar galas y primores que realzaran su persona, ante ojos femeniles, á lo menos, que siempre la mujer se pagó mucho de exterioridades. Pero aunque no pretendiese distinguirse por la elegancia, tampoco se hacía notar por el desaliño, y comprendiendo que debe

darse importancia secundaria á lo que es en sí secundario, no se olvidó de darle la que es conveniente y regular.

Tal como era le gustó á Antoñita. Y tal como era, á los pocos días de cortejarla, y no sin cerciorarse de que estaba el terreno bien preparado, dirigió el estudiante á su novia una carta-declaración, cuyo tenor es como sigue:

«Señorita: Los encantos de V., que son muchos, me han seducido hasta tal punto, que no acierto á pensar ni obrar derechamente en cosa alguna desde que la ví á V.

»No puedo aplazar ni un momento la declaración de mi amor. ¡Tan fuerte es que encerrado en mi alma sin confesárselo á V., no lo pudiera soportar!

»He sorprendido en sus miradas de usted la bondad de su corazón, y en esas seductoras miradas he creído encontrar garantía segura de que su amor de V. ha de corresponder al amor mío.

»Espero confiado su respuesta de V... Y nada más, señorita, porque aunque

mucho quisiera extenderme, al fin y al cabo tendría que decir que

»No cabe lo que siento

»En todo lo que no digo.

»De V. apasionado servidor q. b. s. p.,

AMBROSIO VIDAL»

Que Ambrosio era dispuesto y espabilado entre los espabilados y dispuestos, lo saben, al llegar aquí, cuantos hubiesen leído lo que antecede; pero, á mayor abundamiento, demuéstrole su breve, oportuna y discreta epístola amatoria.

Maldito si sentía Ambrosio pasión vehemente ni no vehemente: era todo aquello habil jugada, en que andaba comprometida su vanidad; pero fuérole nadie con semejantes afirmaciones á Antoñita. Y es indudable que á juzgar por el texto de la carta, no conociendo el contexto del autor, cualquiera daría la razón á la enamorada muchacha. Lo escrito por Ambrosio, sin género de duda, antes que pensado parecía sentido.

Juzgándolo así, creció la afición de la

muchacha; vió desde entonces un Ambrosio distinto del real y verdadero, embellecido notablemente por su imaginación fantaseadora.

Lo que le faltaba de inteligencia y memoria, sobrábale á Antoñita de imaginación.

Esta exuberancia imaginativa, que con buena dirección pudiera serle útil en alto grado, de todo punto abandonada, como fué, quizás llegara á serle perjudicial en grado sumo.

Diríase que sus ojos pequeños, insignificantes, no sabían abarcar la realidad con su mirada: en cambio mirando su interior, cerrados los ojos en el silencio de su habitación, entretenía Antoñita horas enteras, abandonándose á los vuelos de su imaginación delirante.....

Después veía lo exterior embellecido ó falseado, porque los ensueños de su facultad creadora adquirían vida ilusoria en la misma realidad.

Estas singulares condiciones hacían

de Antoñita un raro y curioso ejemplar de trasnochado romanticismo.

Contestó Antoñita en breves renglones á la carta de Ambrosio. Aplicando al caso presente una conocida regla de interpretación, podía decirse que en aquella carta el espíritu iba más allá que la letra.

Ambrosio escribió de nuevo; Antoñita contestó otra vez... luego ya se escribieron á diario cartas que rebosaban amor.

La exaltación romántica de Antoñita llegó al colmo. Pruébalo una carta cogida al acaso entre las varias que escribió á su novio, ya que por ventura he podido sorprender el paquete que con todas las que le escribió Antoñita guarda Ambrosio como oro en paño.

«Mi querido Ambrosio: Las satisfacciones más puras de mi vida, las más intensas y gratas satisfacciones experimenta el alma mía al recibir tus cartas inspiradas en el sentimiento más acendrado del amor. Tu apasionado lenguaje, revelación clara de lo intenso de tu sentir, me asegura más y más que ha

comenzado para nosotros un día de ventura en este mundo de desgracias.

»Son para mí tus cartas como el albor de un día claro, como el sonreír de una mañana en ese hermoso mes cantado por la poesía, y que es la poesía misma.

»En el oasis de la vida que comienza, seré yo para tí la rosa que, cuando acaba de brotar, luce airosa en el tallo, esperando los halagos y caricias de la brisa que la traiga consuelos, según el ardor de los solares rayos la produjo dolores. Lo que la brisa fresca y vivificante es á la rosa que luce en el tallo su hermosura, eso, eso, mi preciadísimo Ambrosio, serás tú para mí.

»Lo que yo siento por tí, Ambrosio, y que tengo la dicha de sentirlo, no acierto á expresarlo.

»Cesen frases entre nosotros, reconozcamos que la comunicación de nuestras almas y de nuestras vidas, es el secreto de nuestra felicidad. Ya se vislumbra: quiera el cielo que la gocemos.

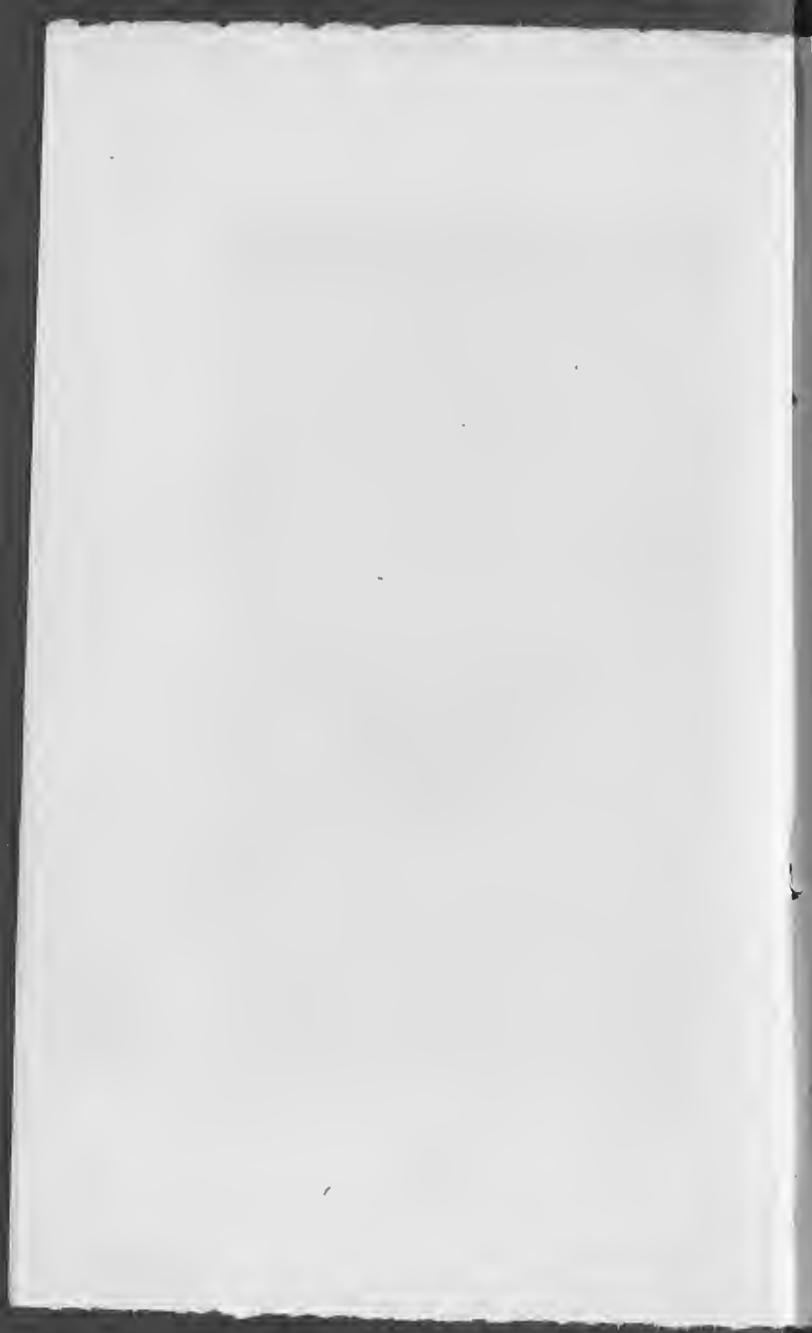
»Tuya,

ANTONIA.»

Hay en esta carta un verdadero *avance* de cita; es indudable, Antoñita iba muy lejos.

Preciso fué que no mucho después de escrito lo que antecede, le pararan los piés; bien que, como luego se verá, lo hicieron por manera en extremo censurable.







XVIII.

REFERÍ atrás la mala voluntad que tenían á Ambrosio *Trucha* ciertos caballeritos vagabundos, fruta que en parte alguna escasea, de esos que pretenden formar vestidos á la última moda, con escrupuloso atildamiento, y exagerándola cuanto pueden; la *high life*, como se dice ahora.

Distinguíase entre los tales uno ya entrado en años, que gozaba entre ellos cierta superioridad que trascendía á jefatura.

No había seguido carrera, aunque sí lo había proyectado muchas veces, ni sabía poco, ni mucho, ni nada; pero había gastado, ó derrochado por mejor decir, un patrimonio regular, dándose vida de milord.

En un viaje á la corte perfeccionó sus gustos en cuanto al vestir; hízose en un sastre de cámara dos trages, y este era el secreto de su autoridad.

Vivía del juego, y como es consiguiiente, tenía periodos de *alza* y de *baja*; pero había logrado introducirse en varias casas, y tenía repartidos todos los días de la semana, convidado á comer siempre en alguna. Cómodo, divertido y barato sistema, muy al uso en las grandes poblaciones.

Una de sus aficiones, la principal acaso, era á pollear, y como se creía *pollo* de buen tono, forjábase la ilusión de que todas las mujeres se pirraban por él. Naturalmente, este era el colmo de las ilusiones.

Decidióse á pretender á la hija menor del Excmo. Sr. D. Eleuterio Moreno de Anzules, con ánimo de tomar estado.

Hay quien opina que se decidió á esto por sugeriones de su madre, viuda chismosa, que deseaba emparentar con los Moreno; y no falta quien crea que le

movieron deseos de llegar á ser diputado y empleado en Madrid con destino importante, por obra y gracia de su suegro. Si fué alguna de estas la causa, ó el que le gustase Antoñita, ó la honra de decirse yerno de un ex-ministro, que volvería á serlo cuando triunfase su partido, ó todas estas razones á un tiempo, es lo que ignoro; lo que sí sé, y se hizo bien público, es que el joven provento llevó más desdenes que pelos tenía en la cabeza. Y fué buen llevar de Dios.

Insistió él en sus pretensiones, paseándola reiteradas veces la calle, y ella insistió en sus desdenes cada vez más públicos y notorios. Escogía despechado el rival de Ambrosio las horas en que éste frecuentaba la calle para picarle, y ver si se descomponía é iba á él para entonces arreglarle con una *llave inglesa* que á prevención llevaba en el bolsillo.

Y sucedió, según él deseaba, que un día le insultó Ambrosio, y que él le correspondió, y que Ambrosio se fué á él, pero con tal vivacidad y tan por sorpre-

sa, que no le dió tiempo para sacar la llave. Y él, que incitaba con la esperanza de satisfacer su despecho, fué pública y vergonzosamente abofeteado por su rival.

La noticia corrió por todo el pueblo; se alzó hasta las nubes la celebridad de Ambrosio, y el aprendiz de figurón, que nunca acertaría á pasar de cursilón y bellaco, tuvo que expiar su intemperancia, guardando cama varios días. Pero no fué esto lo peor, sino que perdió desde entonces el prestigio que gozaba entre sus compinches.

Vencido en singular batalla el rival, restaba sólo al afortunado Ambrosio correr al espanta-pájaros, como él llamaba á un jovencito inexperto, hijo de un acaudalado propietario, que se había empeñado también en mirar á los cristales de la casa que habitaba el ex-ministro.

El jovencito en cuestión, que aún no había pagado tributo de contribución al barbero, y que distaba de ello mucho, pues tenía trazas de barbilampiño, no

buscaba sino un medio de exhibirse como hombre, y hombre de tono y de mundo.

Ilusiones de ilusiones.

El entrometido Arturito podía dar cualquier cosa buena por cambiarse con el *joven*, vamos al decir, abofeteado, porque éste, aunque llevase vergonzosas bofetadas, pero tenía siquiera dónde, lo que el otro ni eso siquiera tenía.

Estaba en esa indigesta edad, si vale el calificativo, en que se comienza á querer ser *pollo* ó á cambiar la pluma, y él, con ser un solemnísimos mequetrefe, dotado de la cualidad nada envidiable de ver las cosas del revés, creíase un hombrecillo hecho y derecho... y eso que á todas horas, como remilgada damisela, mirábase al espejo.

A la sazón en que incurrió lo que voy á referir tenía Ambrosio diez y seis primaveras. Que le caía, como inventado para él, el dictado de *sietemesino*, ni que decir tiene; ateniéndome á muy autorizados informes puedo añadir que lo era...

Dió Ambrosio para despejar el campo,

eliminando tan insignificante estorbo, en la más graciosa, original y oportuna salida.

Desafió á Arturito mandándole dos padrinos para que se pusiesen de acuerdo con él en cuanto al sitio, día, hora y armas. Obrando generosamente dejó Ambrosio todo esto al arbitrio de su rival. Lo cariacontecido, lo asustado que se puso éste no es para dicho: ni cenó aquella noche, ni cerró el ojo en toda ella, ni al siguiente día comió, porque al siguiente día por la tarde, según acuerdo de los padrinos á que asintió á viva fuerza Arturito, se celebraría el duelo en un apartado lugar del Pedroso, muy próximo á la *Selva negra*. Acordaron también que fuese á pistola, porque el sable y la espada en su vida los había cogido Arturito, y aunque es verdad que la pistola tampoco, pero en fin, había disparado al blanco, y hay analogía, con una escopeta de salón.

Ello es que llegaron el día, la tarde y la hora señalados: con puntualidad acu-

dieron los dos rivales y cuatro padrinos, á razón de dos padrinos por barba. Los padrinos de Arturito eran, por supuesto, amigos de Ambrosio, y estaban con él en connivencia: Pedro y Dionisio eran los padrinos suyos.

Arturito—pobre majadero,—no hubiese aparecido á no llevarle por el brazo cada uno de sus padrinos, hablándole socarronamente de su honor, que quedaba mal parado, si en el campo no mostraba valor y firmeza de varón, abandonando aquellos temores propios de niño á quien se asusta con el *coco*. Y aún después de estar en el campo, y á pesar de semejantes excitaciones, diérase á la fuga Arturito, si tuviera fuerzas que le faltaban por la debilidad del ayuno. Resultado del cual, estaba el pobre muchacho que parecía un espectro.

Llegó el momento terrible: los dos adversarios colocáronse en sus respectivas posiciones, y tal turbación entró á Arturito, que le corrían por la frente gruesas gotas de sudor.

Cargada de antemano por los padrinos la pistola, le fué entregada al rapaz, y como con el miedo no veía y no acertaba á apuntar, sus padrinos tuvieron que dirigirle el brazo. Sonó una detonación... Ambrosio cayó herido: quedó todo aquel lugar regado en sangre. Tal terror embargó el alma de Arturito, que corrió como un desesperado, sacando fuerzas de flaqueza, hasta llegar á su casa.....

En tanto, los cuatro padrinos y Ambrosio quedaban riéndose del cuitado Arturito á mandíbula batiente. Porque Ambrosio llevaba colocada hábilmente una vejiga que pinchó agujereándola á tiempo que sonaba la detonación de la pistola, cargada con pólvora solamente—pero eso sí, hasta la boca,—y la sangre que el otro infeliz vió toda la noche en sueños aterradores, era vino del Rivero de Avia, por más señas, mezclado con agua, para mayor claridad.

El lance se contó en todos lados: con comentarios sabrosos entre la gente es-

colar, con censuras al ya celeberrimo Ambrosio entre la sesuda, por jugar poco caritativamente con la imbecilidad. Ni faltó quien creyese que todo lo referido era bola, juzgándolo inverosímil. Para defender lo referido de la nota de inverosímil, diré que aún vive, y puede dar de ello testimonio, quien fué en lance igual, protagonista.

Merece saberse que Arturito tuvo fiebre, y que fué preciso, para que hallase tranquilidad, que Ambrosio le visitase, asegurándole, con la mayor formalidad del mundo, que no había sido de gravedad la herida, y que ya estaba sano.

La broma aquella, aunque le produjo ansias de muerte, le dió la vida al infeliz Arturito, porque desde entonces dejó por su ventura de ser entrometido, y movido á compasión Ambrosio, no volvió á tomarle como motivo de burlas. En esto, como en otras cosas, dió Ambrosio la pauta, por lo que Arturito dejó de ser objeto constante de bromas despreciativas. No hay mal que por bien no venga.





XIX.

ENTRÓ á servir en calidad de doncella de labor—y como doncella *de labor* pocas la ganarían—en casa de los excelentísimos señores de Moreno, una de las vecinas de Felisa, la segunda de las costureras llamada Josefa.

La labor aquel año escaseaba, y como era el único medio de subsistencia para las tres hermanas, preciso fué que alguna se aviniese á trabajar á domicilio. Tocóle en suerte á Pepita que, vagando de casa en casa, fué un día á la de los Morenos, donde agradaron sus buenos oficios y la hicieron proposiciones, que ella aceptó, de quedarse á servir. Pidieron informes á la chismosa viuda, madre

del joven abofeteado, y ésta, fija la mente en miras ulteriores, dió informes inmejorables. Pepita quedóle agradecida y obligada.

El propósito de la viuda de Torrera, deseosa de vengar á su hijo, todavía convaleciente, no fué otro que, por medio de Pepita, hacer llegar alguna carta de Ambrosio á manos de la señora de Moreno, estratagema de seguro éxito y fácil realización, que da idea cabal de la torcida y vengativa condición de la viuda.

Enterada la nueva sirvienta de los señores de Moreno, no sólo se avino sin dificultad á desempeñar tan poco lucido papel, sino que mostró en ello mucho gusto, porque no se había olvidado de que, cuando las visitas de Ambrosio á Felisa, tenía puestos en él sus ojos y sus esperanzas, su hermana mayor, que, cuando se alejó de allí el estudiante sin concederle una mirada (á ella tan ponderada y conocida entre los galanes frequentadores de los lugares aquellos), trocó sus deseos y sus esperanzas en mani-

fiesta inquina. Podía servir, pues, á un tiempo á la viuda de Torrera y á su hermana, rabiosas enemigas de Ambrosio. Dios nos libre de enemistades con faldas; son las peores.

.....

De todo en todo, se realizó el plan de la viuda. La señora de Moreno se encontró un día sobre su mesa una carta para su hija: varios motivos habían inducido á la madre de Antoñita á sospechar lo que por otra parte no podía creer. Aquella carta que abrió, no sin alarma, confirmó sus sospechas y la puso fuera de sí. ¡Y buena fué la gresca que se armó en aquella excelentísima morada! Porque tan alto como la incomodidad de madre frisó la del padre, y aquélla la arañó, y éste, ahuecando la voz, amenazó á su hija con tomar medidas coercitivas, mientras que su hermana hizo burla del novio con sus palabras y actitudes.

Resultado final de las burlas, amenazas y arañazos fué un síncope, el más lar-

go que había tenido Antoñita en su vida. Y cuenta que no fué corto el que le dió á la muerte de su abuelo materno, señor muy aficionado á regalarle golosinas.

En vista de la duración del síncope, el padre llegó á temer, la madre á recelar y la hermana á llorar asustada.

Y el padre comenzó á culpar á la madre, y ésta á él; ella poniéndole de mal padre y peor marido; él tachándola, revuelta toda su bilis, de mala mujer y peor madre.

Hubieran llegado quizás á vías de hecho, si no se interpusiese la hermana mayor y no llegase el médico, urgentemente avisado. Alguien me argüirá que todo esto es poco verosímil, y aún pensará que me permito falsear la historia, fundándose, para creerlo, en que tan bajos procederes no convienen á tan principales personas; pero párese mientes en que el aparato de elevación y grandeza de aquellos excelentísimos señores era postizo, y no suponía modo de ser y de obrar que estuviese con ello en consonancia.



XX.

DESPUÉS que se hubieron sosegado marido y mujer, pasadas algunas horas de la brusca arremetida, tranquilos ya, porque el médico no dió á lo de Antoñita la menor importancia, conversaron largo y tendido, como verá el que leyere.

—Es preciso, Eleuterio, tratar con benevolencia á esta niña; si no, como es tan delicada y sensible... ya ves lo que pasa.

—Aplicale el cuento.

—Ya se ve que sí; pero tú, por tu parte, no lo olvides.

—Si insistiese la niña en esos amores—y yo espero que llegue á comprender que su posición la obliga á lo contra-

rio, escuchando nuestros consejos, — si insistiese, digo, sería preciso alejarla de aquí por aquello de que

«Ausencias causan olvido.»

—Nuestro proceder de hoy, Eleuterio, ha sido verdaderamente desgraciado.

—Tienes razón que te sobra; debemos ganar el corazón de Antoñita y hacerla bien guiada, para que su boda con el marqués llegue á ser un hecho. ¡Triste cosa sería que queriendo él, logrado lo más, por capricho de la favorecida, se destruyese tan ventajoso enlace! Se nos entra por las puertas un buen novio, ¿y sólo por caprichitos infantiles, hemos de echarlo á puntapiés? ¡Tendría be-moles!

—La verdad es que me hace gracia, Eleuterio, verte á tí, enemigo de toda aristocracia, pretender y con tanto ahinco, un marqués para tu hija... á pares quizás los hubieses encontrado si te hubieses hecho conservador: y más flaman-tes de seguro.

—¡Vaya una porfía! Pues pasan de doscientas las veces que te llevo dicho que para las ascensiones rápidas en la política, no hay como los partidos extremos...

—¡Bah! dejemos eso que poco me importa y menos entiendo, y hablemos de lo otro, de lo que sí me interesa; á veces se me ocurre que será mal proceder el nuestro, si imponemos como marido á nuestra hija el marqués, caso de que ella continúe oponiéndose; y por otra parte yo veo que tú andas siempre con la libertad á vueltas.

—Mujer, déjate de filosofías, que no has nacido para eso: ¿qué tendrán que ver las teorías que yo profeso, con lo que deba hacer en la práctica, y claro está, que en la práctica debo hacer lo que á nuestra hija le convenga?

—Pues también sobre la conveniencia de semejante enlace, se me ocurren varias dudas. El marqués la quiere ó la pretende, porque está más tronado que arpa vieja y cree que somos ricos nos-

otros; ¿que hará el día que se encuentre soberanamente chasqueado?

—Es que no llegará ese caso.

Y á tiempo que esto decía Don Eleuterio, siempre optimista, y se sonreía su mujer esperanzada, entró el criado con un telegrama. Era del jefe de su partido y anunciábale la proximidad de una *crisis* en que contaba con grandes probabilidades de entrar á formar ministerio. Terminaba encargando á D. Eleuterio que se trasladase inmediatamente á Madrid. Don Eleuterio, lleno de animación el semblante y con sonrisa de triunfo dijo, enseñándole el telegrama á su mujer:

—Aquí tienes la prueba de lo que afirmé.

.....

Sin duda se había propuesto la señora de Moreno manifestar todas sus dudas, para verse libres de ellas. El caso es, que más impresionada por sus cavilaciones y temores que por la grata nueva, añadió todavía:

—¿Y si ese marqués se pasase buena

vida á costa de su mujer y se la diese mala?

—Déjame de cuentos; eso no es verosímil, y si con tales desconfianzas has de vivir en el mundo, más vale que te metas con tus hijas bajo un fanal... Seremos poder... alégrate de la buena nueva, y no acibares con cavilaciones infundadas satisfacción tan legítima.

Y puesta ya en pié para retirarse, murmuró aún la madre de Antoñita:

—Dicen que las bodas hechas por interés...

—¡Bah! ¡Bah! interrumpióle su marido; déjate de quijotismos... Pasado mañana saldré para Madrid... Seremos poder... Ve preparando el equipaje. Vosotras marcharéis después; tengo que buscar casa, ponerla... Vaya, es ya tarde; buenas noches.

.....

Los lectores del diálogo que antecede no tienen el gusto de conocer al marqués en cuestión, quello era de su apellido. De-

bo hacer, pues, la presentación. Hijo de un industrial (primer marqués), afortunadísimo la mayor parte de su vida, tronadísimo al fin, llevaba el título á guisa de anzuelo con que pescar fortuna, de que carecía. No demostraba en esto torpeza ni tampoco en el afán de ocultar su condición bajo formales apariencias, que le valían simpatías entre las gentes que juzgan por superficialidades. Pero es sabido que el hábito no hace al monje, apotegma indudable, demostrado en todos los tiempos por una raza; la raza farisáica.

El segundo marqués, de su apellido, usaba hábito, mas no acertaba á encubrir, librándose de miradas expertas, la poca bondad de su alma. Todo su valer era mera apariencia, como en esos edificios modernos de lujosa fachada y pobreísimo fondo. Ni eran mejores sus costumbres que su condición, pues reunía al carácter desigual y diabólico, desordenados hábitos de calavera.

Si otros rasgos no dibujasen harto

bien el modo de ser del ex-ministro Don Eleuterio, bastara á demostrar que era malísimo bicho, el hecho de pretender para su hija muchacho semejante. El desenlace, en unión tal, sería que ella antes de mucho tiempo se viese obligada á interponer demanda de divorcio. ¡Tal y tan bueno era el candidato oficial á novio de Antoñita! Y cierto que la pobre muchacha merecía lo mejor.

Pensaba sin duda el ex-ministro que las costumbres del marqués cambiarían, lo cual no es difícil cuando no han adquirido arraigo, caso que entonces no se daba, y creía asimismo que mudaría de condición, en lo cual se engañaba, juzgando por la mera apariencia y por el pulimento externo, lo que este pulimento y aquella apariencia ocultaban por manera habilidosa. Cualquier padre honrado haría en este caso todo lo contrario de lo que hacía el padre de Antoñita; pero el número de los honrados, y más si la vanidad se cruza por medio, como si la felicidad, que no transita esos ca-

minos, no debiera sobreponerse á todo, es asaz escaso. Dijo el sabio que *stultorum infinitus est numerus*, y apuesto á que si hubiese hablado de la honradez no saldría mejor librada que la discreción.





XXI.

S IEMPRE delicada Antoñita, no había tenido nunca, sin embargo, enfermedad que inspirase serios cuidados. Pero su naturaleza era muy pobre, y el menor percance ó contratiempo que afectase á su salud, podía poner ésta en riesgo grave. Extraordinariamente sensible, el desasosiego de su alma, resultado de la borrascosa escena que siguió al descubrimiento de sus amores, trascendió á su cuerpo muy luego. Al decaimiento en lo moral correspondió la postración en lo físico: Antoñita cayó en cama con calentura; el mal desde los primeros momentos reveló síntomas de gravedad, que alarmaron al médico y sobrecogieron y llenaron de temor á la familia.

En la oscuridad y el retiro que, como á las aves nocturnas, agradábanle en tan afflictiva situación, su imaginación, que en días de ventura le multiplicaba los gozes, aumentaba los motivos de infortunio. Continúamente desvelada, rodeábanla siempre fantasmas de trazas singularmente extrañas y de terrible sino, que llegaba á juzgar dotadas de existencia real y que veía y palpaba para mayor tormento.

A las altas horas de la noche, si lograba por un momento conciliar el sueño, no era para encontrar el indispensable reposo, sino ora para ver, desde el fondo de una cárcel húmeda y oscura y sujeta con cadenas por el delito de amar, á su Ambrosio, allá en lo alto, ceñido de brillante aureola, mandándole dulces y tiernas miradas, inapreciables efusiones de su amor, ora, para en el más horrible de los desengaños, ver que confundido Ambrosio entre la *turba multa* de gentes vulgares, la señalaba con el dedo como víctima suya, y consumaba su inícu

obra añadiendo á las burlas de la multitud sonrisas despreciativas. Extrañas inverosímiles visiones que agitaban y hacían delirar á la pobre enferma.

Al menor ruido, de los mil que es imposible evitar, su ligero sueño se interrumpía y su cuerpo, estenuado por la vigilia, temblaba con sacudidas nerviosas, porque su sensibilidad estaba punto menos excitada que su imaginación.

Resultado de aquel trastorno, de aquella lucha, en que se gastaban sus facultades, de suyo débiles; consecuencia de aquel malestar moral, que trascendió á su cuerpo bien pronto, fué la fiebre; fiebre lenta, pero dolorosa, mortal. Sus facciones siempre huesosas, lo eran mucho mas entonces; su color tornóse blanco, pero de un blanco gastado, sucio, que contrastaba con la blancura de nieve de la fina y bien mullida almohada en que reposaba su cabeza. Estaban metidos como en dos nichos sus ojos, rodeados del negror amoratado de sus ojeras, único ma-

tiz oscuro en aquel rostro en que tantos estragos causó el mal.

En toda la casa se oían tristes ruidos; quejidos, suspiros, llanto, el cortejo de la muerte, tan triste como la muerte misma, que se cernía implacable sobre aquella morada...

Santiago tiene fama por sus médicos; y fama bien adquirida, no como tantas otras que labra el capricho de los hombres.

La escuela de Fonseca es una de las primeras de España. Todos los médicos reputados concurrieron desde luego; más de uno, avisado con urgencia por hallarse fuera de la ciudad, merced á casos análogos; y todos convinieron en el diagnóstico y dieron por bueno el pronóstico del médico de cabecera. Resultado también del parecer general, fué que éste confirmase las vehementísimas sospechas que atormentaban á la desconsolada familia.

Después de enterar á su padre del grave peligro en que se hallaba la enferma, insinuóle el médico, no sin cierta desconfianza, que sería conveniente, salvo mejor parecer, prestarle sin demora los auxilios espirituales. Dió orden Don Eleuterio para que se avisase un confesor inmediatamente; y fué la viuda de Torrera, que, según dijo, estaba allí *para todo*; quien con la mantilla á medio poner, corrió antes que nadie al convento de San Francisco, de donde trajo por la posta á un Padre ya anciano, que contaba en el pueblo generales simpatías; el padre Servando. Habríalos entre los dignísimos de aquel convento que le superasen en saber: ninguno le aventajaba en bondad.

.....

El padre Servando fué introducido en el cuarto de Antoñita por el Excmo. señor D. Eleuterio Moreno de Anzules, ex-ministro perseguidor de comunidades religiosas...

—Antoñita, hija mía, aquí viene á vi-

sitarte el padre Servando: anímale gran interés porque te pongas buena; desea que te dejes de cavilaciones, para que halles en la tranquilidad moral, reconciliándote con Dios, si alguna culpa tienes, bienestar y reposo que para sanar necesitas.

El reverendo padre Servando miró con señales de admiración al personage que sólo conocía por los hechos, demasiado sabidos, de su vida pública pasada. Comprendió sin dificultad el austero franciscano, que á la pena de padre se aunaban en el corazón de D. Eleuterio los remordimientos de su conciencia.

Cuando el padre de la enferma dejó á su hija con el confesor, dirigióle éste palabras llenas de caritativo ardor y fervoroso celo.

—Nuestro Señor en sus altos designios me manda á confortar á V. en su mal, á dar firmeza y aliento á su espíritu. ¿Quién sabe si Dios querrá emplear en V. su gracia, devolviendo á su cuerpo la salud, según quiere emplearla para

dar á su alma verdadera vida? Nuestro paso por este mundo es breve: al más sano sorpréndele en la hora menos pensada la muerte; quizás sana el más enfermo; por eso el enfermo y el sano deben vivir siempre en gracia de Dios. No se alarme V. pues, si vengo á confesarla; no por eso se le ha de acercar á V. su última hora... ¡Tantas veces sucede lo contrario!

El padre Servando se inclinó y comenzó la confesión de la enferma; en el alma de Antoñita no había maldad; su piedad sí, pecaba de poco fervorosa; el poco fervor de su alma era platónico, no activo. Nunca se le ocurrió dudar de lo que la Iglesia nos manda creer; pero no pensaba en ello. No había atentado con sus actos contra los deberes de cristiana... quizás porque su angel custodio había cuidado de esquivar la ocasión. Pero al sentir aumentarse el malestar de su cuerpo y los desfallecimientos de su alma, al prever en los momentos de dolor, que se acercaba el fin de su existencia, aque-

lla imaginación viva interrogó á la muerte por el *más allá*, y fué resultado de la visión que presentó ante sus ojos la fantasía exaltada, pensar en sus obras, fijarse en sus culpas, hacer, en fin, rápido examen de conciencia. Sintió el dolor de corazón al oír las palabras del reverendo franciscano; le miró con los ojos fijos, admirada de tanta virtud, ella que había vivido lejos de toda virtud en el mundo. A la vista de aquel hombre admirable recordó haber leído casualmente la historia del transverberado fundador de la orden franciscana, figura hermosa, cuya austera virtud y milagrosa existencia juzgaba imposible: fué entonces cuando se desvaneció su yerro, y se ofreció á su imaginación exaltada el contraste que forman la ligereza y liviandad de la vida del mundo, y la pureza y profundidad de la vida del claustro.

Cuando concluyó la confesión, la pobre enferma lloraba como una Magdalena; el padre Servando la dirigió breves, pero dulcísimas frases; no pudo ocultar

dos gruesas lágrimas que rodaban también por sus mejillas. ¡Qué encontrados sentimientos de caridad, compasión y tristeza por las desdichas mundanales que tocaba y remediaba en algo, inspiraban aquellas lágrimas, muestra de dolor profundísimo!

El mal de Antoñita desde aquel día pasó por una nueva faz; intranquila, agitada hasta entonces, como si los dolores del cuerpo correspondiesen á las turbaciones del alma, sintió que se calmaban sus dolores y que cesaban las mortales angustias, las incesantes congojas, que hasta entonces tanto la habían atormentado. La tranquilidad que embargaba su alma, resplandecía en su rostro, dulcificado por inocente sonrisa, suave matiz de la resignación.

Pero ni un momento pudo aquella angustiada familia columbrar risueña esperanza: el pronóstico del médico continuó siendo el mismo, y no sé si por desgracia ó por fortuna (para ella, piadosamente pensando, por fortuna, y para sus padres,

por desgracia) el pronóstico no resultó fallido.

El mal continuó varios días, sin que abandonaran ni un momento á la enferma los síntomas fatales. La agonía fué larga, pero no molesta. Y la misma tranquilidad que tuvo en aquel periodo último de su mal, no la abandonó en el tránsito de esta vida á otra vida mejor. Las últimas palabras que pronunció fueron las de la salutación angélica: murió con el dulce nombre de María en los labios.

Este caso, como tantos otros, demostró la impotencia de la medicina: aunque alópatas y homeópatas anduvieron conformes en que era causa de aquel mal lo que origina todos en opinión de los segundos: el resultado de la alteración del principio que dirige las funciones vitales del organismo, ni unos ni otros acertaron en el empleo de remedios.

Por eso, al bajar las escaleras de la

casa después del desgraciado suceso, el médico de cabecera, con ceño adusto, impropio de su profesión, iba murmurando entre dientes: «Metido á curar el mismo Esculapio, con toda su divinidad, haría barrabasadas... Es gaje del oficio.»







XXII.

LA tertulia de la señora Teresa, desde que Ambrosio dejó de ir, se redujo á ellas y á su lejano pariente D. Gregorio Malvás, lo que á éste agradaba sobremanera, porque, á fuer de exclusivista, gustábale estar siempre en el uso de la palabra. Cuando tenía suspenso al exíguo auditorio, escuchando el cuento ó la historia que daba pábulo á su discurso, rebosaba en júbilo su pecho.

Sucedía á veces que escuchando alguna relación interminable y no de subido interés, caso frecuente, sorprendía el sueño, bien á pesar suyo, á la valetudinaria señora Teresa: no por esto suspendía D. Gregorio, por el contrario, conti-

nuaba impávido después de encogerse de hombros y murmurar: «cosas de la vejez.» No sucedería así si Felisa se durmiese, caso que no se daba nunca, porque bastaba que se levantase á despachar á cualquier comprador ó compradora, para que él suspendiese su relación hasta que Felisa volvía á colocarse en actitud de atender. Y Felisa atendía de muy buen grado; porque aunque no fuese muy interesante lo que contaba D. Gregorio, ni era vulgar el decir de éste, ni cansado é inoportuno: todo lo contrario; bien que careciese de superior ilustración, pero no le faltaba mediana cultura: había tenido tino en escoger las lecturas que le fueran más convenientes y acertado á sacarles sustancia.

Naturalmente perspicaz, supo también D. Gregorio leer en el gran libro de la vida, y de mucho le valieron los consejos de la experiencia.

Siempre ha tenido autoridad, porque es título éste que conceden los años, la palabra de los viejos; y por eso en torno

del abuelo se juntan los hijos y los nietos, amén de otros allegados, para escuchar sus consejos, que erigen el hogar en cátedra de valiosísimas enseñanzas.

Aunque D. Gregorio Malvás distaba bastante de la ancianidad—tenía cincuenta años,—en lo que llevaba de vida había aprendido tanto como pudiera otro de gran longevidad.

Como Felisa le escuchaba siempre con atención y en silencio, estaba D. Gregorio cada vez más ufano, y cada día parecía mejor, más hermosa, más digna de la predilección que hacia ella sentía, su buenísima sobrina.

.....

Una noche cuando más entusiasmado contaba D. Gregorio un episodio de la guerra de Africa, glorioso paréntesis, lo mismo que los sucesos del Callao, en la serie de infortunios que importó el liberalismo á nuestra España (según opinión de D. Gregorio), llamó la atención de éste y de Felisa un *depósito* conducción de cadáver á su última morada, que en

dirección al cementerio general doblaba, pocos pasos más abajo, la esquina de la travesía de San Pedro.

Felisa y D. Gregorio salieron á la puerta á presenciar el desfile del fúnebre cortejo y á rezar un *Padre-miestro* por el alma de quien llevasen á enterrar. La señora Teresa no se movió de su asiento ni cambió de postura, pero rezó también.

No faltó quien murmurase al oído de Felisa el nombre de la difunta. Felisa se acordó de Ambrosio y sonrióse de manera compasiva y triste; después pensó en la fragilidad y miseria de las cosas del mundo.

Estaba una noche triste, silenciosa; ni una sola estrella lucía en el firmamento. Tenía el cielo color gris parduzco, semejante al de la cantería de las viejas casas solariegas, construcciones grandes é imponentes, que, aumentadas por la noche sus proporciones, destacábanse en la penumbra al fulgor amarillo de las hachas. Sólo esta claridad luctuosa interrumpía la oscuridad que había en tie-

rra y cielo. Diríase que estaban de duelo el cielo y la tierra...

Caminaban delante los niños del Hospicio, en dos filas: ¡pobres desheredados de la fortuna, que tienen el sino de ser acompañantes de la desgracia! Después en dos filas también y en crecido número, los amigos, los deudos, todos con hachas, á cuyo resplandor tétrico, sombrío, descubríase el enlutado trage, el severo rostro de los que formaban la comitiva. Ni faltaba la correspondiente nota ridícula en aquel conjunto serio y grave: los haraposos pilluelos (*rillotes*) que recogían la cera caída (ávidos de ganar en la reventa algunos ochavos), á hurtadillas de los alguaciles que los perseguían.

Detrás de la larguísima fila, iba la cruz; luego la caja en hombros de cuatro hombres, cubiertos con sendas hopalandas negras. Cerraban la comitiva muchos clérigos de blanca y rizada sobrepellíz y los cantores salmodiando, con acompañamiento del fagot, los cantos

fúnebres de la Iglesia; cantos severos, magníficos, impregnados del dolor y melancolía que ante la muerte sienten las almas, pero dolor poetizado por la resignación cristiana, que no tiene los acentos de la desesperación en que debe sumir la muerte al hombre sin creencias, como inspirado por la suave conformidad con los mandatos de Dios, por la fervorosa confianza en la misericordia divina.





XXIII.

LA inesperada muerte de Antoinita, acaecida en los días en que andaba más gozoso de su triunfo Ambrosio, hízole parar mientes en lo poco que valen, y en lo poco que duran en el mundo las alegrías y las prosperidades. Siempre habían abundado éstas, y nunca faltado aquellas, á nuestro estudiante, y no otro era el principal motivo de lo animado y decididor de su carácter.

La variación que experimentó éste, no nació del duro golpe que hubiese llevado en su amor, pues son sabidos los móviles que le guiaban en aquella empresa; era que por primera vez comprendía y con la fuerza que en sí llevan esas

demostraciones prácticas, que todas sus ambiciones eran locura, y todos sus triunfos ilusión, y que la vida misma es, antes que ventura desgracia, antes que contento tristeza; era que, engañado hasta entonces por mentidos placeres, tocaba por fin la realidad y la comprendía como ella es, despojada de las galas y atavíos con que la ve adornada la imaginación en los primeros albores de la mocedad. Y entre las ruinas de sus ilusiones anteriores, de sus satisfacciones pasadas, sólo se destacaba á manera de luz purísima, un recuerdo venturoso que en la agitación mundanal de su vida, logró ahogar un momento, y que reaparecía más seductor, más bello que nunca; el recuerdo de Felisa.

Los proyectos, los deseos, las ilusiones que tenían por cimiento de tierra movediza su vanidad, cayeron por el suelo; subsistió lo que vivía independientemente de tales fragilidades y errores. Ni aún entonces, sin embargo, supo distinguir Ambrosio el sentimiento de

despecho originado por la indiferencia de Felisa, causa de sus últimas frustradas aventuras, y el sentimiento del amor, que sin él darse cuenta de ello alentaba aquel otro. Y era que no acertaba siquiera á poner en tela de juicio la invulnerabilidad de que hacía gala. En los momentos mismos en que recordaba á Felisa, con singular delectación y complacencia, dábase por firmemente convencido de que por Felisa no sentía de manera distinta que por otras mujeres, bien que reconociese en ella, y por eso como caso raro la recordase, condiciones de mujer verdaderamente excepcional, de rara superioridad y belleza imponderable. Pensaba que era el sereno juicio quien tales pareceres le dictaba, y aún sentía tristeza por haber nacido invulnerable, y no poder aspirar á mujer que veía tan digna y tan alta entre celajes de ventura. Del supuesto de su invulnerabilidad partía como de artículo de fé; supuesto que los caprichos de su voluntad y los sofismas de su inteligencia,

no le permitían dudar ni un momento...

Ni un momento tampoco le abandonaban las cavilaciones, y él, que siempre había gozado en las expansiones de su carácter, en las efusiones de su amistad, tornóse triste y lánguido, esquivó toda relación, aún la de sus más íntimos é inseparables compañeros, y redujose al más absoluto aislamiento. Era imposible —claro está—que así permaneciese largo tiempo: la misma intensidad de aquella crisis que conmovió su alma, oponíase á su duración.

Pero no debo adelantar noticias de aquellos importantes sucesos; añadiré solamente, antes de pasar á otro capítulo, que el retiro de Ambrosio fué muy notado y comentado de diversas maneras. Y que á Pedro Mata y á Dionisio Torres causó desasosiego y temor, ya por Ambrosio á quien de veras querían, ya por ellos que se hallaban como sin su sombra, paseando (por no perder la costumbre), tristes también, su aburrimiento en las largas horas de la bohemia estudiantil.



XXIV.

ALAS humedades de los meses de Noviembre y Diciembre, siguieron en el nuevo año fríos intensísimos. Nunca brilló tanto la luna, y cuentan que no hay luna tan brillante como la de Enero, ni centellearon más las estrellas. Esto, que para quien gustase de la contemplación del cielo despejado en que lucía el plateado disco de la luna, rodeada de numeroso cortejo de estrellas, era encantador sin duda, distaba mucho de ser bueno para la salud pública...

Sentada como siempre en su silla de paja y en la mismísima postura, una noche, mientras D. Gregorio se entregaba á sus lucubraciones, quedóse dormida la

señora Teresa: hasta aquí pasó lo acostumbrado, porque rara casualidad era que dejase de dormirse; pero á poco ya despierta, no se encontró buena, quiso levantarse y no pudo, intentó quejarse y no acertó; levantó haciendo superior esfuerzo su cabeza... pero para volverla á inclinar. Era víctima de un accidente.

.....

La gravedad que el mal revestía, era para inspirar grandísima alarma. Las terribles sospechas que desde luego cubrieron el alma de Felisa, fueron confirmadas por el doctor en medicina, urgentemente avisado.

Felisa puso en novena á todos los santos que la tienen; D. Gregorio la auxilió en sus ruegos, y celoso por su parte el médico, suministró á la enferma dos oportunas sangrías que surtieron resultados excelentes.

Continuó la mejoría y llegó la señora Teresa á verse fuera de inminente peligro.

¡Pero cómo estaba la infeliz! Sin ha-

bla y sin movimiento, era de temer que le repitiese el accidente, porque en tal caso quedaríase como un pajarito.

Por gestos solamente, entendíanse madre é hija; los buenos oficios de ésta sorprendían por intuición del querer los más insignificantes caprichos de aquélla, y en el acto los satisfacía. Por eso la señora Teresa, conservando en medio de sus cuitas la alegría que nunca falta á los justos, resultado de la tranquilidad de conciencia, correspondía á las solicitudes que le prodigaba el cariño filial de Felisa, con miradas dulces y sonrisas complacientes; sonrisas y miradas en que ponía la bondad toda de su alma.

A pesar de sus dolores físicos y ante el recuerdo de las penas que tantos días de sufrimiento la dieron en su ya larga vida, ni una sola vez elevaba la pobre anciana su mirada al cielo sino para expresar sentimientos de cristiana gratitud.

La contemplación de su hermosa hija, ángel encargado por Dios de premiar, ya antes de abandonar esta vida, la re-

signación conque siempre había sufrido, compensaba con creces todas sus amarguras y trabajos...

Si al rostro de la anciana no faltaba la característica sonrisa que tan simpático y agradable aspecto la daba, el semblante de Felisa dejaba ver las huellas del dolor que sentía su alma, por el estado presente de su buena madre, y los temores que abrigaba con respecto á lo porvenir.

Compadecido D. Gregorio Malvás, multiplicaba sus visitas y esforzabase por distraer la atención de Felisa, embargada completamente por tristes cavilaciones. No podía conseguirlo; y por su parte, aunque ardientemente lo desease, tampoco lograba verse libre de ellas: que también para él abundaban. D. Gregorio mostraba en sus actos perplejidad; y era que miedo justicadísimo servía de freno á vivísimos deseos que atormentaban su alma. Amaba á Felisa, quería la por mujer, y temía que una repulsa deshiciese sus planes y diese en tierra con sus ilusiones.

Al cabo decidióse D. Gregorio; triunfó

su sentir de su temor, y habló de esta manera:

—Felisa, quería hablarte hoy de asunto que á mí mucho me interesa y á tí algo te importa.

—Veamos, murmuró Felisa.

—Recordarás, mi querida sobrina, que hace tiempo te declaré pretensiones que no rechazaste ni aceptaste. Creo llegada la ocasión de repetirlas. Ando cerca de los cincuenta años, lo que creo sabes; y no represento tener arriba de cuarenta... Y si no déjame por embustero.

Felisa se sonrió con singular dulzura. Entusiasmado su buen tío, prosiguió:

—No estoy en edad de demorar mi matrimonio, aunque no sea la que tengo excesiva para contraerlo. Te quiero con todo mi corazón. Me da lástima verte casi sola en el mundo, y quisiera acompañarte siempre en tus infortunios y en tus satisfacciones. Ya he dicho bastante. Si alguna vez nos hemos de casar para ventaja mía y bien tuyo... esa vez debe ser ahora.

Paró aquí algunos momentos D. Gregorio, y como su sobrina continuase callada, añadió:

—Bienes de fortuna tengo de sobra para...

—Tío, interrumpió Felisa; no viene á cuento hablar de su fortuna de usted. Si usted se casa conmigo es por mí, porque usted me quiere; y si yo me caso con usted, es por usted, porque yo le correspondo.

D. Gregorio quiso hablar enternecido, pero Felisa continuó, añadiendo á las ya dichas, las siguientes concertadas razones:

—Tengo yo la dicha de no ser como otras mujeres, *inflamable*, lo cual no quita para que, en punto á sentimientos, los tenga tan bien puestos como la primera. Le quiero á usted tanto como á mi madre... y es cuanto acierto á encarecer: puede usted, pues, estar tranquilo. Tengo para mí que en esto de matrimonios no deben decidir de manera exclusiva el corazón ni la cabeza; si lo primero, es

fácil que triunfe el arretrato de un momento, la obcecación de un sólo día, á la que sigue el desengaño de muchos: si lo segundo, es posible que decidan en tan grave asunto el egoismo y la conveniencia. No hay que ceder á las afecciones inverosímiles de una pasión tal vez torcida; sí á la afección bien puesta que anhela el corazón, y á la que no pone la razón su veto. Ante todo, y sobre todo, en esto debe decidir el interés moral; lo cual no quiere decir, que del interés material haya por completo de prescindirse, puesto que este es casi siempre para aquél necesario. Vea usted ahí, querido tío, mi modo de ver el matrimonio, y en él fundado mi consentimiento á las pretensiones de usted.

Contaba (puede sin vacilación asegurarse), aquel futuro matrimonio con garantías de firmeza y seguridad que generalmente escasean: como que habían meditado mucho sobre el caso ambos, y conociéndose harto bien, decidíanse.

Los amores que encuentran su origen

en impresiones ligeras, en la atracción de la belleza, por ejemplo, si no hallan después en la mútua simpatía motivo para que la pasión se aquilate y espiritualice y perfeccione, participan quizás de la condición de la belleza, cualidad efímera que se marchita muy luego.

Por esto Felisa había permanecido impasible ante tantos cortesanos de su hermosura: ni siquiera les concedía sus miradas amorosas con el temor de que pudiesen despertar amorosos deseos y turbar lo que ella más estimaba; la tranquilidad de su espíritu. Prefería cien veces no casarse, á casarse con quien, no haciéndola feliz, fuese por resultas desgraciado.

Algunas veces se le presentaba halagadora la idea de encerrarse para siempre en un convento; pero bien pronto desechaba esta idea: no ardía su alma en místicos ardores, no estaba abrasada en el divino amor. Si sintiera estas ansias, estos apasionamientos, debía sin demora obedecer lo que la vocación la

prescribía: la existencia de las mujeres de tal temple en el mundo, es un peligro constante: caracterízalas la pasión, pasión viva y ardiente, digna de ser á tan alto amor dedicada: viven para amar de una manera superior, como no se puede amar en el mundo. Felisa distaba mucho de ser así; sólo el egoismo, la conveniencia, el deseo de asegurar su reposo, podía encerrarla en el convento: móviles todos asaz ruines y pequeños para tomar decisión tan alta é importante. Por eso Felisa rechazaba tal idea.

La solución ofrecida por D. Gregorio al problema de su porvenir, era excelente: verdad es que la tacharían las gentes murmuradoras, pero un alma recta no ajusta sus decisiones al decir casi siempre infundado de las gentes que murmuran.

En D. Gregorio Malvás había condiciones excelentes, virtudes no comunes, carácter bondadoso, alguna cultura, espíritu, en fin, digno de inspirar predilección y cariño. El que mutuamente se profesaban tío y sobrina, era el mismo que

hay entre dos buenos casados... pasada la luna de miel. Porque en esta primera luna matrimonial, todo se vuelve cariños, zalamerías, efusiones de la pasión, poesia, en fin, y después todo prosa, pero no prosa intolerable, como dicen los solterones empedernidos, incorregibles defensores de la Fisiología del matrimonio de Balzac, sino prosa agradable y poética que funda su atractivo, no en ensueños y quimeras, sino en la belleza misma de la realidad.

Enterada del proyecto la señora Teresa, dió por signos su aprobación, y manifestó por sonrisas su complacencia.

En vista de esto, por acuerdo de los novios se apuraron los preparativos (licencia no era menester por lo lejano del parentesco), dando D. Gregorio muestras de una actividad en él rarísima; ¡que tanto le aguijoneaban los deseos de contraer aquel enlace!

Muchos feligreses de la Parroquia de Sar, vecinos de la Rua de San Pedro,

oyeron al párroco con grandísimo asombro, en el ofertorio de la misa del domingo siguiente, leer:

«Quieren contraer matrimonio por palabras de presente, según lo manda nuestra Santa Madre Iglesia y el Santo Concilio de Trento lo dispone, de una parte, Gregorio Malvás Rodríguez, hijo legítimo de Andrés y María, y de la otra Felisa Pérez Nava, hija legítima de Vicente y Teresa. Es la primera amonestación.»







XXV.

DESPUÉS de muchas vacilaciones y dudas, decidióse Ambrosio á volver á la tienda de la señora Teresa. El reciente mal de ésta, servíale de pretexto.

Mortificábale mucho—caso bien raro dada su característica despreocupación,—lo difícil de la situación en que se hallaba: dejar de ir sin motivo, de la noche á la mañana, á pesar de haberle prodigado atenciones; dedicarse por entero á cultivar el amor de Antoñita, y luego cuando Antoñita había bajado al sepulcro, y sus amores pasado á la historia, volver, era caso en que no bastaban la desfachatez y frescura del famoso estudiante de Derecho.

Si antes Felisa había permanecido sor-

da á sus galanteos, ¿qué sería después de abandonarla por otra? Ahora, discurría para sus adentros Ambrosio en soliloquio interminable, ni me concederá siquiera su amistad, ni tendrá para mí frases que no sean desdenes, ni miradas que no signifiquen desprecios.

Y en la agitación de su discurso decíase: «Me odiará quizás, pero no importa; yo quiero que me odie. No me ha odiado ninguna mujer; sabré así cómo odian las mujeres. Lo que me exasperaba en Felisa, quizás habrá desaparecido; aquella serenidad olímpica, el refinamiento con que ocultaba su corazón, la indiferencia de que hacía gala... Y si no me engaño, cuando palpite su corazón, cuando hable su rostro de los sentimientos de su alma... Felisa habrá dejado de ser fiera y será mujer, y aunque sea mujer fiera, lucharemos con titánico esfuerzo, hasta que logre rendirla.»

Perdía Ambrosio, entregado á tales cavilaciones, la serenidad de juicio, y víctima á un tiempo de la preocupación y

del temor, no acertaba á distinguir en su alma dos sentimientos: el del amor, que evocaba constantemente á su vista la imagen de Felisa, y el del despecho, que encendía su cólera de Tenorio presumido al recuerdo, que no le abandonaba nunca, de su indiferencia glacial.

Ambrosio fué por fin una noche: dormía detrás del mostrador, reclinada sobre el pecho su cabeza, la señora Teresa, y los novios trataban de fijar el día en que había de verificarse la boda: aquella mañana habíanse leído las primeras amonestaciones. Ambrosio ignoraba todo esto.

Cuando entró Ambrosio suspendieron D. Gregorio y su sobrina la grata conversación...

El pobre estudiante sufrió un desencanto terrible. Felisa estuvo como siempre, atenta y cariñosa. No estaba ofendida en lo más mínimo; vió en ello prueba indudable Ambrosio de que le era á Felisa en absoluto indiferente. Y se aumentó su turbación y su desconcierto.

Hubiera querido quejas que traspa-
rentasen interés ó desdenes que signi-
ficasen resentimiento. Aquella actitud
siempre igual, era la negación más ro-
tunda del amor, la forma más odiosa de
sufrir un desengaño.

Como Ambrosio no acertase á romper
el silencio que se siguió á su llegada, fué
Felisa quien habló, y de tal suerte que
mejor fuese para Ambrosio que callara.
Que no podía ocultarse á la perspicacia
de Felisa la causa de las perplejidades
de Ambrosio, es á mi ver indudable.
¿Propúsose atormentar al joven (supuesto
inverosímil), ó más bien, para disimular
y poner fin á la turbación propia, bus-
car medio de que Ambrosio perdiese por
completo las esperanzas que le llevaban
allí, y que quizás repercutían en su co-
razón?

—Tío, dijo Felisa, entere V. á nues-
tro amigo Ambrosio de la feliz nueva.

D. Gregorio, sabedor de las antiguas
pretensiones del estudiante, no pudo
ocultar un movimiento de disgusto; por-

que D. Gregorio era así: no sabía ocultar nada; su sentir traducíase al momento en su semblante por movimientos espontáneos. Pero comprendió que era indicar desconfianza hacer misterio de cosa tan natural, y después de toser un par de veces, como para tener la voz expedita, y de sonarse, no sin cierta solemnidad, con un inmenso pañuelo de yerbas, habló de esta manera:

—Pues sabrá V., mi amigo Ambrosio, que tengo muy especial gusto en dar á V., antes que á nadie, parte de mi boda.

—¡De su boda de V!...—exclamó Ambrosio, sin poder ocultar su sorpresa.

—Sí, señor, de mi boda; me caso con mi sobrina Felisa.

Ambrosio se puso tan blanco como la pared. Felisa, más encendida que una amapola, y D. Gregorio de todos los colores ya... menos del suyo, sacó su inmenso pañuelo de yerbas, y se sonó con manifiesta inquina que produjo sonidos de trompa.

Siguieron á esta escena momentos muy críticos. Todos permanecieron en silencio hasta que, haciendo un esfuerzo Ambrosio, puso fin al difícil lance, despidiéndose tímidamente de Felisa y D. Gregorio, *hasta otro día*.

Al ver demudada la color y turbada el alma del joven; al notar también la alteración de Felisa, sintió D. Gregorio frío en el corazón, porque toda la sangre se le agolpaba á la cabeza.

Conocedora por su parte Felisa de la vida y carácter de Ambrosio, comprendió que era víctima de intenso amor, no ahogado por sus devaneos, ni quebrantado por la ausencia que se impuso; comprendió que en su corazón se desarrollaba un drama tétrico, y ella que le estimaba, que le amaba de amistad por lo menos, sintió tristeza al pensar en las tristezas de que era inspiradora, y no pudo sobreponerse á la emoción.

.....

A poco de marchar Ambrosio, se reanudó la conversación interrumpida por

su inoportuna llegada. D. Gregorio, obrando muy sesudamente, mostróse partidario de que no se apurase la boda, dando por razón, — aunque otras más principales le moviesen, — que así podían ser mayores los preparativos para la celebración de un suceso que él consideraba tan importante y grato. Opinaba Felisa lo contrario, y juzgaba baladí el motivo — dijera mejor el pretexto — alegado por su tío, puesto que, por ser el matrimonial suceso importante y grato, él á sí mismo se bastaba sin que otros aditamentos requiriese. — Aparte de que, añadió Felisa, el estado de salud de mi madre, es por desgracia bien poco satisfactorio, y no parece bien que dispongamos preparativos de ningún género. Sea el matrimonio, pues, *mondo y lirondo*, y excusamos así retrasarlo.

D. Gregorio al fin dióse por convencido, no sólo de que debía hacerse lo que Felisa deseaba, sino también de que Felisa estaba perdidamente enamorada de él, y que había pecado de injusto dando

un solo momento crédito á descabellada sospecha.

Buena parte de aquella noche vagó Ambrosio por las calles, oprimido el pecho, delirante la imaginación; volvió á la Rua de San Pedro, se alejó otra vez, y estuvo á punto de echar á andar camino de su pueblo.

En tal situación de ánimo ansiaba Ambrosio absoluta soledad; quería verse á solas con su pena.

Rendido su ánimo y cansado su cuerpo, retiróse á su casa á deshora, cuando el reloj de la catedral, en tono solemne y monótono, daba dos sonoras campanadas, á tiempo que la voz gutural de un sereno gritaba con acompasado solfeo: *Ave María Purísima; las tres y media y nublado.*





XXVI.

CUANDO quedó sola Felisa, la noche en que la presencia de Ambrosio fué causa de la desagradable escena referida, ni un momento pudo borrar de su imaginación el recuerdo de aquella escena, ni de su alma la triste impresión que le produjo. Desvelada toda la noche, no halló descanso en el lecho, logrando conciliar el sueño á ratos siquiera.

A pesar de la hora y la ocasión, atrevome á sorprender á Felisa en sus cavilaciones.

Decíase así:

«No hay duda, Ambrosio está enamorado de mí... de mí, oscura tendera al por menor y vecina ignorada de la Rua

de San Pedro; ¡él, joven afortunado que logró el amor de otras más altas! ¿Será que cultivando el trato de las mujeres del mundo sufrió desencanto, y que me encuentra á mí más perfecta, más digna, en fin?... Pero ¡qué tonterías! aléjate, demonio de la vanidad, no murmures esas cosas á mi oído...»

Y daba una vuelta deseando dormir para poner término á semejante pesadilla, y continuaba á pesar suyo:

«Ambrosio es bueno, demasiado bueno... yo no soy digna de él; Ambrosio es listo y despierto, logrará porvenir brillante... yo soy una pobre mujer. ¡Infeliz Ambrosio! Hubiera querido estar á solas con él un momento, para alentarle en sus desfallecimientos, para consolarle en sus dolores; quisiera verle y mostrarle mi corazón atribulado, y decirle, en expresión de los sentimientos que bullen en mi alma: Ambrosio, te quiero... y por eso no te puedo querer...»

Juzgará el lector por la vehemencia de las palabras de Felisa el grado de

exaltación á que llegó su alma. Por lo demás Felisa, no ya entonces, pero ni aun luego que volvió á su espíritu la calma, hubiera sabido definir sus sentimientos; ¡tan encontrados eran! Lo que sí salía siempre á flote en medio de tanta confusión y borrasca, lo que no dejaba lugar á duda ni un momento, pues siempre vivo se mostraba, era el sentimiento de simpatía y amistad con que distinguía Felisa al estudiante.

Felisa no ponía en tela de juicio que le amaba de amistad: ¿habría en el fondo de esta amistad verdadero enamoramiento, aunque no se diese cuenta de ello Felisa?

Hay quien opina que entre jóvenes de distinto sexo, no cabe distinguir entre el amor de amistad y el de amor. La amistad verdaderamente sincera, dicen, identifica las personas en cuanto á los fines, establece entre ellas solidaridad por lo que hace á los medios, pone, en fin, en directa comunicación los corazones, mutuamente movidos en una misma direc-

ción, por esa misteriosa influencia que llamamos simpatía. Si la amistad tiene estos efectos, concluyen, caso imposible parece, por mucho que se sutilice, que amistad y amor puedan entre jóvenes distinguirse; porque ¿cuáles son entonces los efectos del amor?

Quédese el averiguar cosas tan hondas sobre el amor de amistad y la amistad de amor, á quien guste ejercitar el ingenio en abstrusas consideraciones. Eso aquí no hace al caso.

Lo que sí importa, es afirmar que ni un momento dudó Felisa de su amor á D. Gregorio. Como que si no estuviera plenamente convencida de que su tío y ella mutuamente se querían, jamás hiciera la felonía de jurarle amor al pié de los altares.





XXVII.

RESULTADO de la terrible lucha que se libró en el corazón de Ambrosio entre sus afecciones, que aumentaban á medida que veía la dificultad cada vez mayor de su logro y los titánicos esfuerzos que hacía su voluntad para dominar su querer y dar fin á la crisis porque atravesaba, fué que cayese enfermo. Por ventura el mal, que en un principio inspiró gran alarma por el asaz insistente delirio de que eran argumento sus cuitas amorosas, perdió bien pronto todo carácter de gravedad. Era lo peor en Ambrosio la postración moral que sólo curaría la acción del tiempo.

En los días de su mal prestáronle Dionisio Torres y Pedro Mata consuelos y cuidados que le fueron en extremo provechosos.....

Repuesto con gran contentamiento de sus compañeros, en lo moral y en lo físico, pero no tanto que su estado dejase de inspirar alarma; comprendiendo que la vida pacífica, sosegada y quieta de su pueblo le convenía, sin motivo ninguno que le retuviese en Santiago, y con muchos que le obligaban á desear la ausencia del que había sido teatro de sus aventuras por más de un concepto famosas, Ambrosio decidió irse á su pueblo.

Más tronado, para mayor desgracia suya, el pobre que cuando abandonó su vivienda de la Rua Traviesa, ó tanto por lo menos, fiándose en la constante suerte que le había labrado fama de muy afortunado jugador, y aún de persona de posibles, intentó nuevamente por medio del juego lograr pecuniarios recursos, que para salir de no pocos apuros y satisfa-

cer exigencias de impertinentes acreedores con urgencia necesitaba. Volvió, pues, á las andadas.

Sintió Ambrosio un movimiento de repulsión y antipatía al entrar en la sala de juego y respirar en aquella pesada atmósfera, saturada de vicio. Debíó tomar aquella espontánea sacudida que agitó su cuerpo, débil por resultas de la enfermedad, como presagio de mal agüero. Y hubiese acertado.

La llegada del estudiante, que contaba en aquel lugar con muy pocas simpatías (y bien fácilmente se comprende), fué recibida con miradas de reojo, que denotaban desconfianza, por los empedernidos jugadores, á quienes no da serenidad la larga práctica, con tosecillas secas y movimientos nerviosos por la gente joven, y con forzadas risitas... por los más necesitados.

Ambrosio se acercó al tapete verde (color de esperanza) sin el aplomo y propio dominio de otras veces. Esto extrañó naturalmente muchísimo á los abonados

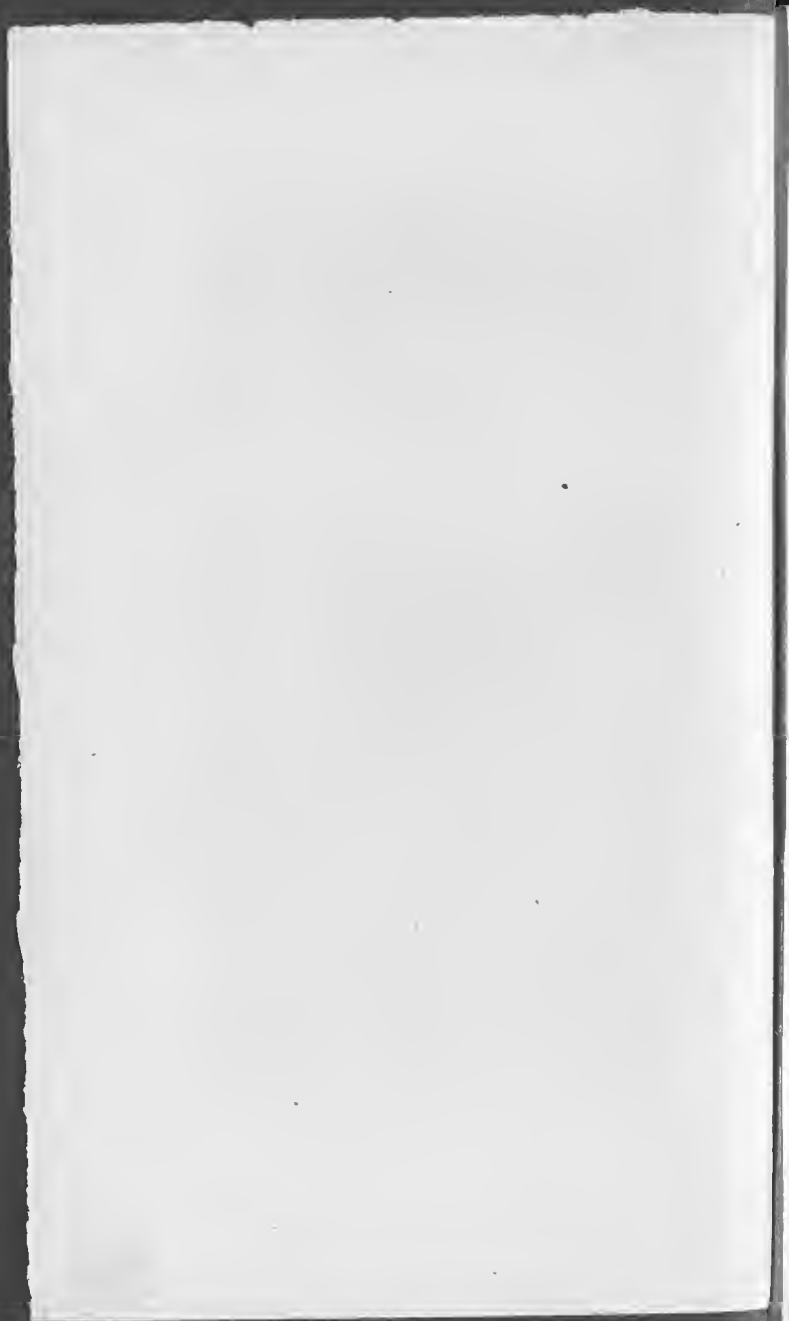
á diario, conocedores, mejor de lo que quisieran, de la característica fanfarronería de Ambrosio, que tanto había acibarado sus pérdidas y sublevado sus ánimos.

Ambrosio, el jugador invulnerable como ya todos le llamaban allí, perdió aquella noche por primera vez en su vida, y perdió cuanto llevaba... y mucho más. Porque un viejo feo, huraño y setentón, más ganancioso que ninguno aquella noche, y jugador casi todas las de su vida, desde que tuvo edad y dinero, prestó no poco á nuestro ya atolondrado estudiante, seguro de que éste perdería y no se cansaría de perder... para desquitarse así de lo perdido. Era probado que estaba de mala, y seguro que le faltaba serenidad. A mansalva, pues, le echó el viejo la zancadilla, y tuvo el grandísimo gusto de vengarse del estudiante que, en mejores tiempos, harto le llevaba ganado.

Ambrosio resultó deudor de una cantidad que distaba mucho de ser insignificante. El deseo de ganar, la desazón de

su ánimo, las sonrisillas de triunfo de sus rivales, todo esto—y mucho más—púsole fuera de sí, convulso, ciego... En tal estado, jugaría á una carta el mundo entero, si el mundo entero fuese suyo.







XXVIII.

AL día siguiente muy de mañana, ya en trage de viaje, para emprender el de regreso á su casa, hablaba Ambrosio con Pedro Mata y Dionisio Torres, visiblemente contrariado y conmovido.

A los disgustos anteriores, uníase el que le causaba la pérdida en el juego. Cubría mortal palidez su demacrado rostro; las emociones de la víspera, el insomnio de aquella noche, su falta de salud en los pasados días, y sobre todo, el recuerdo constante de Felisa, causa eran del quebrantamiento de su ánimo.

—Es preciso que vuelvas á ser el que fuiste (decíale Dionisio), déjate de cobardías: tú, decidido como el primero,

animoso como el que más y valiente como ninguno, ¿pierdes así valor, decisión y animosidad por una contradicción insignificante? Ver para creer, Ambrosio. La verdad es que las mujeres son el demonio.

«No hay perdición en el mundo
Que por mujeres no venga.»

—¡Ojalá fuera como tú dices y yo creí! Ví en la realidad que también hay ángeles con faldas; y he aquí que yo, el que blasonaba de invulnerable y llamaba á las mujeres diablos, y me reía de sus argucias, he sido víctima, no de argucias y tramoyas, sino de la sencillez angelical de una mujer que ignora esas malas artes: ahora, cuando no me las daré de invulnerable, con fanfarronería propia de ignorante mozo, si por ventura se cicatriza la herida que llevo en el alma, quizás lo sea. ¡Cosas del mundo!

—Ambrosio, no te preocupes por asuntos tales (contestó Pedro á sus sentidas quejas y geremiacas lamentaciones),

aprende de mí; deja que te enseñe yo si-
quiera algo, puesto que de tí llevo apren-
dido mucho.

Mira, ayer troné yo con la costurerita
de la Rua de San Pedro, á pesar de tener
en su cuerpo tanta sal y pimienta; se me
arrugaron un poquito, es cierto, las telas
de mi corazón, porque ella lo merecía;
pero ya pasaron las horas de murria: hoy
comencé á poner los puntos á una rubi-
ta que vale un Perú. ¡Sí, hombre! esas
cosas hay que tomarlas así... según vie-
nen. ¡Y pocas veces que te oí decir y
ví hacer, Ambrosio, tres cuartos de lo
mismo!

De tal manera hablaron largo y tendi-
do aquellos tres buenos amigos, porque
á la cuenta, Ambrosio hallaba satisfac-
ción en prolongar los momentos de ex-
pansión íntima.—Ningún consuelo es
más grato en la desgracia, que el de
aquellos que fueron copartícipes de la
fortuna. Hubo promesas de escribirse á
menudo y apretones de manos y abrazos,
muestras inequívocas de recíproco cari-

ño. Ambrosio les entregó una carta para Felisa; era su adios.

A poco salía Ambrosio por el camino nuevo—carretera de Pontevedra—en dirección á su pueblo, desesperanzado su ánimo, llena de tristes recuerdos su imaginación.

Los que hubiesen visto al estudiante de leyes el día de su triunfal entrada, si pararon mientes en lo marcial de su aire y lo alegre de su rostro, apenas pudieran conocerle, cuando abandonaba las aulas mustio y cavizbajo, y volvía en busca de tranquilidad y reposo á la casa paterna.

.....
.....

La carta de Ambrosio á Felisa, que Pedro cumpliendo como bueno puso inmediatamente en manos de ésta, decía así:

«Felisa: vuelvo á mi casa: si no me despidiera de V., á quien tanto debo, faltaría á mi deber.

»Si alguna vez mi amistad le fuese á V. útil, causaría grandísima dicha

poder demostrarle la sinceridad de la que yo le profeso.

»A su madre de V. y á D. Gregorio mis saludos. Queda á las órdenes de usted quien le desea todo género de felicidades,

AMBROSIO.»

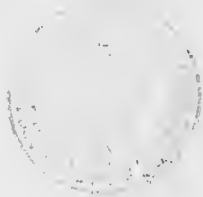
Al leer tan digna y sentida carta sonrióse Felisa con una sonrisa de dolor, y derramó una lágrima de alegría.

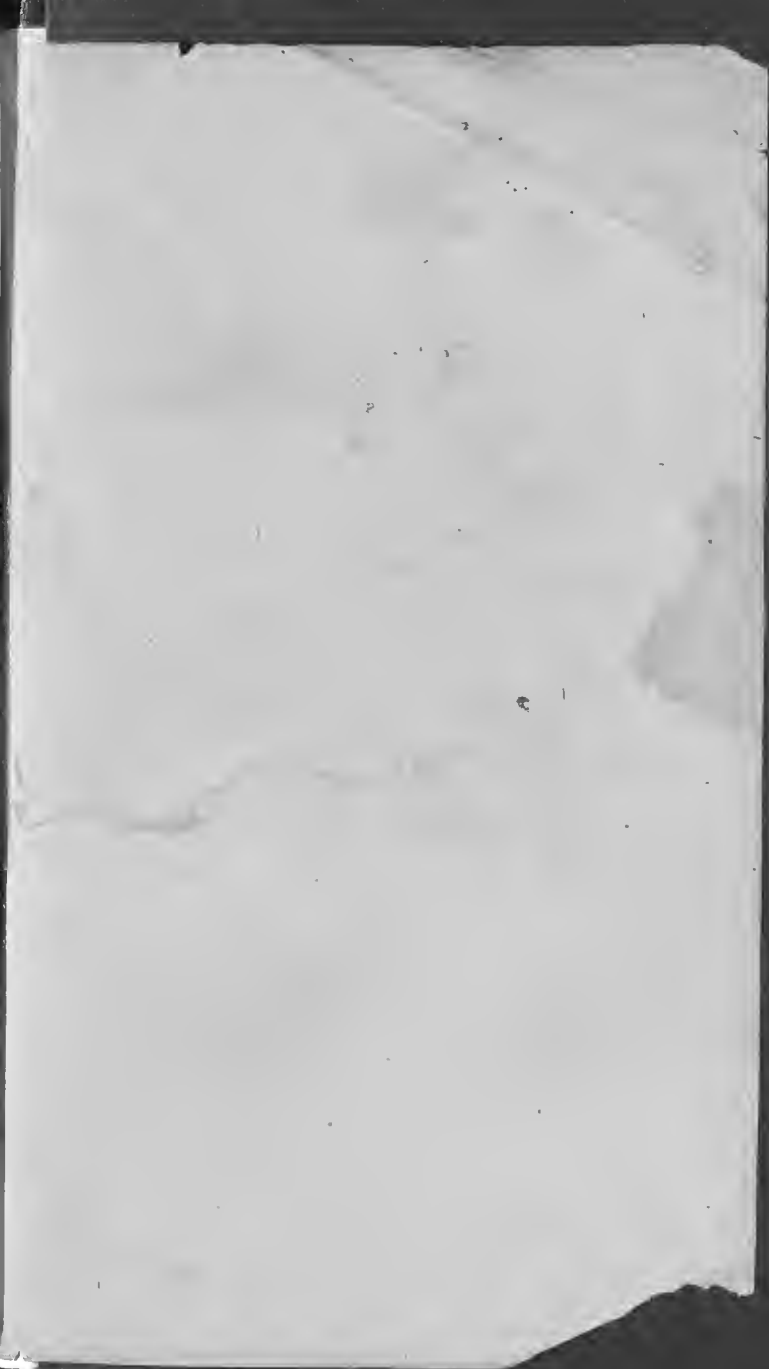
Ambrosio había sido una mala cabeza; por virtud de Felisa triunfaba de aquella mala cabeza su excelente corazón.

Si la sonrisa amarga de la joven era un triste adios al buen Ambrosio, nuncio era aquella lágrima de la tranquilidad de su conciencia.

¡Derramada lágrima tan hermosa sobre el atribulado corazón del estudiante, fuera para él bálsamo de dulcísimo consuelo!

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN
MADRID, EN CASA DE MANUEL
TELLO, Á XXVIII DÍAS DEL
MES DE PEBRERO DE
MDCCCLXXXIII.





Esta obra se halla de venta al precio de **2 pesetas** en las principales librerías de Madrid.

En provincias **2,50 pesetas**.

Los pedidos se dirigirán á la calle de Segovia, núm. 3 duplicado, bajo, Madrid.